

Beladrich, Gonzalo María

Bolivia - Relatos de un cinéfilo en viaje-1a ed.-
Buenos Aires: Beladrich, Gonzalo María, 2008.
128p.; 13,5 x 19,5 cm.

ISBN 978-987-05-4664-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

BOLIVIA

de Gonzalo Beladrich

www.bolivia-lanovela.com.ar

© 2008, Beladrich, Gonzalo María.

Ilustración de tapa: Gabriel Rud / www.gabrielrud.com.ar

Diseño y diagramación: Carla Gnoatto / www.carlagnoatto.com.ar

Diseño web: Nacho Jankowski / www.jjj.com.ar

Bolivia

Primera edición, Buenos Aires, 2008

128p.; 13,5 x 19,5 cm.

ISBN 978-987-05-4664-1

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina, Buenos Aires, 2008.

Printed in Argentina.

Dedico esta novela a dos personas que
involuntariamente la inspiraron:
Ezequiel y Dani

Y a Guiye, compañero de ésta y otras rutas

PRÓLOGO

por Dani Umpi

SIEMPRE IR La fascinación de ser extranjero, de estar de paso, recolectando y conservando el tiempo en frases, en fotos, en imágenes fragmentadas, captadas desde varios ángulos, varios lentes, decenas de primeros planos... Pasear con los sentidos atentos, alerta a los detalles novedosos, a descubrir algo nuevo que se enfrente y pueda más que la imaginación. Maravillarse con las puestas de sol, la hospitalidad de los lugareños, los perfumes, los idiomas... Comprobar que es único ese momento, ese espacio del que todos hablan, repitiendo lo mismo miles de veces... Sentir que se reinventan los mapas, que somos los primeros en pisar un suelo que tiene vida desde hace miles de años.

Las crónicas de viaje, como género literario, generan una pasión inusual porque nunca se han estancado en la mera narración y descripción, ni resistieron la tentación de mezclarse con el género autobiográfico, con el diario íntimo y la reflexión existencialista. Tampoco le pusieron un muro a la poesía o la crónica periodística porque, justamente, son relatos abiertos, permeables, que van y vienen de un universo a otro. Desde conquistadores en expediciones a historiadores excelsos, pasando por antropólogos curiosos y los *coolhunters* hambrientos de hoy en día, la minuciosa descripción de los paisajes y situaciones vividas por un viajante, también es una ventana hacia adentro, un espacio extranjero probablemente creado para que se manifiesten emociones y reflexiones "interiores". "Viajé para

encontrarme conmigo mismo” no es una frase que suene extraña.

El asombro y el cuestionamiento de las costumbres ajenas que suele experimentar quien juega a ser nómada, es un espejo de lo propio, de lo reconocible. El sentirse extraño en otra tierra no hace más que recordar de dónde se viene, las cosas pendientes por hacer, sin resolver. Son crónicas emotivas, en constante exaltación frente a los estímulos, pero buscando, fundamentalmente, un aprendizaje que explique situaciones ya vividas, que complete un álbum de figuritas. Los más ricos personajes que aparecen en las crónicas de viaje probablemente sean los secundarios, breves y fugaces, definidos en pocos trazos, que aparecen y seducen por su exotismo pero que tienen algo de familiar.

Estar atento a todo. Movimiento, fluidez que genera adrenalina pero también paz... No saber qué hacer el día de mañana, a dónde ir, si zambullirse en un lago o subir una montaña. ¿Qué será lo mejor? Confiar en el azar... Siempre seguir, cargando una mochila que solo guarde lo imprescindible. El personaje de “Bolivia” es extranjero. Tiene mirada y razonamientos de extranjero desde el primer momento. Tiene un mapa grande con muchos caminos y si bien tiene también algunos objetivos claros, las novedades que se le aparecen casualmente lo deslumbran. Por eso decir que “Bolivia” mezcla y combina diferentes géneros es erróneo, porque es una crónica de viaje de alguien que carga una mochila que cada vez se vuelve más grande. Se guardan souvenirs, textos al margen, trabajos, canciones...

En mi caso, “Bolivia” se convirtió en una guía de viajero, pero una guía mágica. Lo leí en Bolivia, precisamente, administrando los capítulos con cuenta gotas para que la historia no se me terminara tan rápido. Para mi

sorpresa, hice el mismo recorrido que el protagonista e incluso llegué a pedir hospedarme en el mismo hotel de Potosí. Por momentos sentía que lo espiaba, que lo seguía como un psicótico por esas callecitas llenas de perros que no ladran (¿será por la altura?), escribiendo mi propia novela. Me encantó descubrirme en su discman compartiendo espacio en la selección de los auriculares con artistas tan selectos. Cada tanto aparecían en su historia lugares que me resultaban aún más familiares que las calles de Potosí. Por ejemplo, una noche, hace meses, terminé durmiendo en esa casa de Yicos que describe tan bien, pero me fui a primera hora de la mañana, así que no llegué a conocerlos a todos. Fui un fantasma que pasó por ahí sin ver mucho que digamos. Esa sensación de fantasma despistado la siento todo el tiempo en “Bolivia”, incluso los pasajes de Montevideo, la ciudad donde vivo y donde me cuesta imaginarme una aventura turística, aunque las viva todo el tiempo.

Hice un viaje turístico paseando por varias de esas ciudades, de los rincones descritos, pero, como soy tan despistado, no llegaba a ver lo que Gonzalo contaba. Me fascinó su historia, su voz. Me dio mucha envidia, porque no me detuve a observar lo mismo y, lógicamente, tampoco tuve esa mirada. Me dejé llevar por el frío y otras preocupaciones. Estaba obsesionado con la presión que me subía y bajaba, me cansaba, me agobiaba, me colgaba a mirar cosas más intrascendentes. Todo se me escapó. Lo mismo siento al leer las reseñas de las películas que comenta, los discos que escucha, cosas que vi y escuché pero que no les di bola en su momento. Me dan ganas de ver de nuevo esas películas, caminar de nuevo por esos caminos de Bolivia. Reinventarme ese viaje, ese mapa y protagonizar de una vez por todas mi propia novela.

Montevideo, Uruguay - Julio 2008

Compramos más cerveza y seguimos hasta el mar.

Él me dijo: todas las carreteras llevan a un sitio mejor.

Y yo me lo creí.

Ray Loriga, Héroes

—¿Y el micro cómo es?

—Tiene aire acondicionado, baño y televisión.

—Perfecto. Dame un pasaje para el 2 de enero en el primero que salga.

Estoy en la recova de Once una calurosa mañana de diciembre. Frente a Plaza Miserere, en la puerta del Hotel Pueyrredón, un ejército de vendedores carpeta en mano grita sin parar "¡Viaje al norte!", como un coro que hace sus primeros ensayos. Con un mes de anticipación tengo un pasaje para San Salvador de Jujuy casi a la mitad de lo que sale en Retiro. Después comprobaría que el aire acondicionado no funcionaba, el baño estaba clausurado, y ninguna película se proyectaba por el televisor que tenía sobre mi cabeza.

Mi idea es viajar a Bolivia y recorrer la parte andina. También me gustaría llegar a Perú y conocer las ruinas de Machu Picchu, pero para eso necesito pasaporte, lujo que no puedo darme con el sueldo de mi laburo part time en la librería y la pasantía en la revista para la que escribo.

Algo tengo decidido. Con la plata ahorrada durante todo el año voy a viajar por lo menos un mes. No quiero trabajar más recomendando libros que no puedo leer y vendiendo otros que me parecen una cagada. Voy a mandar el telegrama de

OLOR A NUEVO

14 renuncia antes de año nuevo; la guita de las vacaciones que no me tome me va a servir para la vuelta, cuando tenga que empezar a buscar trabajo otra vez. No me importa, siempre me tuve confianza. No habría podido convencer a Jorge, mi editor jefe, que me permitiera tremendo descanso a cambio de enviarle notas desde el norte. "Puede ser alguna anécdota de viaje, reseñas de películas nuevas que veas allá, o de alguna vieja que quieras recomendar. Mandá mucho material, no te cuelgues", me dijo. Voy a tener que escribir mucho, eso sí. Prefiero tomarlo como una oportunidad, aunque también es una exigencia.

No tengo un trabajo interesante. Cuando lo tomé, hace poco más de un año, suponía que iba a ser diferente. Me gusta leer, me gustan los libros. Disfruto abrirlos y enterrar mi nariz en la unión de las páginas para respirar el olor a nuevo. Sin embargo el local sobre la avenida Corrientes me da poco margen para hacer otras cosas. La clientela es escasa y repetida, los tiempos muertos que antes usaba para escribir ahora los desperdicio siguiendo el recorrido del segundero. Son apenas seis horas al día, y ni siquiera tengo que levantarme temprano. "Tenés el trabajo ideal", me dicen mis amigos todo el tiempo. Esa puta frase me retumba en la cabeza cuando el segundero completa tres vueltas sin que haya dejado de mirarlo.

15

CABOTAJE

16 Recorrer Bolivia es una meta pendiente. Tenía pensado hacerlo el verano pasado, pero fue imposible. Antes de fin de año me fui a vivir solo y tuve que conseguir un laburo. No fue una decisión pensada, se me impuso.

Mis viejos decidieron reflotar su relación con una segunda luna de miel. Nunca entendí por qué tuvieron una primera. Volaban de Oaxaca a Puebla, en el sur mexicano. Su plan era visitar Cholula y conocer la iglesia de Nuestra Señora de los Remedios. El segundo embarazo de mi vieja no fue nada fácil y tanto ella como mis abuelos se encomendaron a la virgen para que la protegiera. Al final Julia nació por cesárea un par de semanas antes de lo previsto, sin mayores complicaciones. Dos décadas después llegaba el momento de saldar las cuentas. No contaban con que el avión de cabotaje tendría fallas en su motor. Sobrevolaban la localidad de Yanhuitlá cuando el impacto alteró la tranquila vida de pueblo.

Yo no estaba en casa. Me enteré de esto por mi hermana. Nunca estaba en casa. Estaría con Fer, mi mejor amigo, viendo un recital en algún sótano. O quizás en el cine. No sé... Sólo recuerdo que llegué de madrugada y vi caras que hacía años no veía. Desde que decidí no pasar más las navidades en familia. Mi hermana había recibido el llamado desde México. Enseguí-

da trató de contactar al hotel donde mis padres se alojaban en Oaxaca. Allí le confirmaron que habían realizado el check out esa mañana, y que unos kilómetros al noroeste de la ciudad un avión se había estrellado a poco de despegar. Julia empezó a llorar y a caminar en círculos, sola. Llamó a mi abuela y enseguida la casa se llenó de parientes. Como en navidad, pero sin regalos. Yo no podía pensar, tenía la mente nublada. Salí a la vereda y le pedí a Dios que todo fuera mentira.

Al día siguiente nos confirmaron que los cuerpos viajaban para Buenos Aires.

17

ALSINA Y VIRREY CEVALLOS

18 Lo que sucedió después es importante, aunque pasó tan rápido como comprar el pan o hacerse una paja. Mis viejos no tenían nada: sólo la casa en Parque Patricios y una mísera cuenta bancaria. La sucesión fue muy rápida. Con Julia decidimos vender la casa para comprarnos cada uno su propio departamento. Separarnos en los momentos difíciles fue una constante en nuestra familia y esta no iba a ser la excepción. A los dos nos alcanzó con lo justo para un monoambiente. Ella se quedó en el barrio, yo me vine al centro, Alsina y Virrey Cevallos. Sin las exigencias de pagar un alquiler mensual busqué un trabajo de medio tiempo que me dejara vivir sin lujos pero sin apuros. Así llegué a la librería en la que, mapa en mano, planifiqué un viaje demasiado postergado.

MUNDIALES

Nunca entendí esa fascinación por los que viajamos solos. Es cuestión de hacer el comentario para que todos –amigos, parientes, conocidos– frunzan el ceño con expresión de “éste se volvió loco”. A decir verdad, nadie viaja solo. Nadie viaja *realmente* solo. En los diferentes destinos uno se cruza, quiera o no, con muchas personas que forman parte de la travesía. Relaciones espontáneas, casuales, que casi nunca perduran en la vuelta a la rutina, y cuando lo hacen se pierden en la intrascendencia.

La primera vez que viajé solo tenía 18 años. Había ahorrado la plata que me pasaban mis viejos para ir un fin de semana a Colonia. Pensaba quedarme a dormir en el hotel en que me alojé y volver al otro día, pero terminé conociendo Montevideo. Las máquinas tragamonedas multiplicaron mis cinco panes y dos pescados. Entonces los dos días iniciales se transformaron en cuatro, y de la antigua ciudad pasé a la metrópolis. El alojamiento fue más austero: tuve que sustituir las caminatas por colectivos, ya que del barrio portuario al Parque Rodó hay una distancia igual a dos o tres veces Colonia.

Mi recuerdo de Montevideo es el de una ciudad gris. Por eso cuando años más tarde vi *25 watts* me sentí tan reconfortado: habían captado la misma desidia y melancolía que en mi

primera excursión fuera de Argentina.

A ese viaje le siguieron infinidad de escapadas de fin de semana a la costa. Mar del Plata, San Clemente, Mar del Tuyú, Monte Hermoso... Al principio solo, después con Fer. Siempre con una mochila de mano cargada con lo indispensable: discman, cámara de fotos, algún libro y un cuaderno.

20 A veces no avisaba en casa y me veían llegar el domingo a la noche.

—Hola

—Hola. Hay algo de comida en la heladera, calentá lo que quieras.

Los gritos de gol que salían de la tele eran tan fuertes como los festejos de mi viejo cada vez que ganaba Racing. No me gusta el fútbol. Sólo sigo el ritual de juntarme con mis amigos cuando hay un mundial. Trato de entender por qué a veces la pelota va por el piso y otras por el aire, pero es evidente que el tema me excede. Festejo los goles, tomo cerveza y pienso qué pasará cuando no haya más mundiales.

El viaje al norte va a ser el primero de varias semanas. Es una necesidad. Necesito mis tiempos, quiero estar en cada lugar lo que considere que vale la pena, quiero escuchar mi música, escribir cuando venga el impulso, leer en silencio, estar callado el tiempo que se me antoje, cambiar de itinerario cuantas veces quiera sin tener que consultarlo. Y, sobre todas las cosas, quiero perderme.

—No me podés hacer esto justo ahora.

—¿Hacerte qué? Yo no te estoy haciendo nada, Esteban. Te aviso que renuncio, con el tiempo suficiente como para que puedas tomar a otro empleado.

—Pero me cagás... Justo antes de navidad que es cuando más vendemos.

—Ya te dije que me voy en año nuevo. Tendrías que agradecerme que no te dejo en banda en las fiestas. El último día que trabaje acá va a ser el 30, el 31 nunca abris y el 1º es feriado. Te lo estoy diciendo con anticipación, todavía ni mandé el telegrama.

—O sea que podés cambiar de opinión.

—No seas boludo, Esteban, ya no tengo 18 años. Además si querés que me quede pagame un sueldo como la gente.

—Ah, entonces viene por ahí la mano... todo se arregla aumentándote el sueldo

—Ya te dije que me voy. Tengo un pasaje para viajar al norte después de fin de año.

—Mirá que sos jodido eh... ¿Tan incómodo estas acá? Venís sólo seis horas, no te tenés que levantar temprano... ¡es el trabajo ideal!

Me mordí los labios para no mandarlo a la mierda. El por-

PRIMER PLANO

tazo que pegué cuando me metí al depósito dejó todo claro.

Esteban es de esas personas que se vuelven insoportables entre otras cosas por repetirlo todo. Creo que lo hace por inseguro más que por distraído. En el tiempo que llevo trabajando en la librería escuché al menos tres veces la misma historia: resulta que nació un día de la independencia a fines de los '40. Ese año a Perón se le ocurrió que estaba gestando una nueva Argentina, por lo que se postuló para apadrinar a todos aquellos que nacieran en esa fecha. Los que quisieran iban a poder sacarse una foto con su padrino "el General". Esteban es peronista, pero sus padres militaron toda la vida en el socialismo. El sueño de una foto con Perón murió antes de nacer. Esteban siempre lamentó la decisión de sus padres, aunque parece que quedó a mano con ellos: "Hasta el día de hoy me piden nietos. Imaginate que después de dos matrimonios ya no les voy a dar el gusto".

Podría... a fin de cuentas la estupidez no es hereditaria.

Estoy sentado en el pasto. Es día de semana, a la tarde, víspera de feriado. Los subtes no funcionan. El ruido de autos y colectivos queda tapado por las ruedas de los skates que bordean el monumento a Artigas. Me pongo el discman y las canciones de *Get behind me Satan* de The Withe Stripes son una buena banda de sonido. Estoy quieto; la escena se llena de estímulos. En primer plano, los skaters haciendo piruetas sin remeras y con los pantalones cada vez más bajos. Atrás, un partido de fútbol interrumpido por la necesidad de tomar agua. Al fondo, cruzando Figueroa Alcorta y el viejo edificio de canal 7, un avión se prepara para aterrizar. Me pregunto de dónde vendrá; quizás de San Luis, o de Rawson, dos ciudades que no conozco. Decido ser testigo. Sólo mirar. Tras un largo rato siento el calor del sol en la cara. Un alarido me desconcentra. Cuatro colegialas se sientan al lado del monumento para ver a los skaters. Apago el discman. Interrumpo la proyección.

—¡Babosas! —es lo último que escucho antes de perderme entre los árboles.

SABOR

24 Por primera vez en mi vida estoy en el correo, a punto de mandar el telegrama de renuncia. Mis trabajos anteriores fueron muy poco formales: las clases particulares de matemática, las monografías pasadas a computadora, o el verano que trabajé en la heladería de mi tía. Siempre rebuscándomela para no depender de la guita de otros. El cambio más grande cuando me fui a vivir solo fue sostener un trabajo rutinario, con horario de entrada y de salida. Pensar que en el secundario me imaginé mil y una maneras de esquivar eso. Por suerte tuve la idea de ahorrar todos los meses un poco del sueldo que me pagaba Esteban para irme de mochila. Otra vez la aventura. Llevo tiempo extrañando el sabor a adrenalina en mi boca.

Tengo que llenar una planilla con datos que no conozco. Me piden la dirección de la librería, el código postal y hasta la razón social.

—¿Hola, Esteban? Soy yo, ¿me decís la dirección exacta de la librería y el código postal? Ah, y también decime el nombre completo, el que aparece en el recibo de sueldo.

Pregunto cuánto es y me dicen que el trámite es gratuito. Me sorprende, aunque después pienso que sería el colmo tener que pagar por dejar la cantidad de trabajos de mierda que hay en este país. “El telegrama llega mañana” me aclara la

chica del correo, que parece disfrutar su empleo tanto como yo el mío. Me llevo una copia ilegible y la pongo en el corcho de mi casa, entre una foto de Julia y la letra de una canción de Juana Molina.

NO PENSAR

26 Las fiestas pasaron sin sorpresas. La librería fue un caos de gente que pedía o directamente agarraba lo que tuviera a mano. “Cualquier cosa lo puede cambiar ¿no?”, fue la frase más escuchada del día. Esteban se veía feliz, como si hubiera cumplido el sueño de su vida. Quizá era así. Estaba tan contento que hasta me regaló una botella de vino para que brindara a la noche.

Nochebuena la pasé en Perú. No, en el país no. La pasé en la calle Perú, en Haedo. Ahí viven en comunidad los Yicos, una banda de música compuesta por pibes de mi edad. Hace unos años los vi en un recital en La Boca y me hice amigo de ellos. Ahí conocí a Fer, el cantante. Me invitaron a la casa una noche de invierno y a partir de ahí quedé como un groupie: me tomaba el Sarmiento en horas insólitas para verlos tocar en Padua, Libertad o Ituzaingó, me quedaba en Perú los días que no soportaba más a mi familia, y los invitaba a quedarse a dormir en casa —con los equipos y todo— cuando tenían fecha en Capital y se hacía demasiado tarde para volver al oeste.

Cenamos en el patio y luego trepamos la medianera hasta la terraza para ver los fuegos artificiales acostados en el piso. Estábamos de la mano, viendo al cielo proyectar sus colores. Traté de no pensar en mis viejos pero fue imposible. El show

puede haber durado horas. A mi me pareció un instante. De madrugada ensayamos una batucada arrodillados en el pasto, como una ceremonia milenaria en la que uno pide sus deseos con cada sonido.

Al amanecer metí la cabeza debajo de la almohada deseando que la noche nunca termine. Así dormí hasta que el sol del mediodía me marcó el camino de vuelta. Sentado en el furgón me di cuenta que nunca había escrito sobre ellos para la revista, y que antes de salir de viaje era una buena idea tener una nota preparada. Aproveché el feriado para escribir sobre eso: mi primera noche en Perú.

27

TERRITORIO PERUANO

28 Un chalet en pleno Haedo, atrás del monstruo de cemento que alberga locales y modernas salas de cine. Hay movimiento, alguien sale en ojotas y se pierde en una esquina. Saluda a unos amigos —que luego formarán parte de la noche— para volver a los pocos minutos. Entro a la casa de Perú invitado a cenar. Me reciben muchos colores que me quieren mostrar. Entre algunos residentes aparecen otros invitados, integrantes de una movida musical lejana a las pantallas de tv y las habituales reseñas periodísticas, como Coiffeur o Ciudadavitecos. Mucho despliegue: en la cocina se ven varias manos trabajando artesanalmente, y al costado llego a contar cinco personas —me incluyo— armando una especie de albóndiga sin carne. Aparece Fer con unas tapas de pascualina y unas bananas para hacer un postre. Al momento de contarnos somos ¡diecisiete! cenando de parados sobre un tablón de madera en un clima bastante alejado de la excitación. Bienvenidos al universo Yicos.

EL IMPERIO DE LOS SENTIDOS

VISTA. Al pensar en una casa donde vive casi una decena de varones uno podría suponer el desorden reinante y una vivienda devenida taller mecánico. Gran prejuicio y gran error. “Viste que esta no es una casa muy masculina”, aclara Fer sobre el final de la noche rodeando una chimenea. Perú tiene la sencillez y la humildad de la movida del oeste, y le

suma la creatividad presente en afiches, fotos y carteles que rezan la necesidad de la música, las imágenes y las letras para enfrentar el mal de zapatos y corbata de todos los días. Lo que se ve es lo mismo que en un recital, un ensayo, la grabación de un disco, o una salida de fin de semana: un grupo de pibes haciendo la suya, sabiendo una dirección y descubriendo un camino, con los medios que tienen. El resto es menos ataduras y más alegría. Siempre mejor, nunca peor.

29

GUSTO. Un banquete. Eso hay en este momento sobre un tablón apoyado en dos caballetes. Festín que incluye arroz condimentado con una salsa de brócoli, los bocaditos, varias ensaladas para armar un collage de verduras, una mayonesa de zanahoria y dos postres: un bizcochuelo relleno con bananas, y el experimental de Fer que incluye un caramelo violento capaz de hacerle sacar ampollas a la lengua de algún desprevenido. No impedirá después que riamos con una gastada copia de *Bañeros 2: la playa loca*, y con un Paolo el rockero que en su “¡paz, persona!” demuestra que se puede luchar y divertirse al mismo tiempo.

OÍDO. La música es el elemento fundante. Yicos es un incesante desfilar de ritmos que desde *Bombo-clap!* —su primer disco— invita al regocijo más puro. Con toques de hip-hop, ska, reggae, rock, y reminiscencias de Mano negra y Todos tus muertos, esta banda deja en evidencia su visión del mundo y su intención comunitaria de desterrar el odio y la miseria ya demasiado expandidos. Queda claro que la casa de Perú es un elemento que suma dentro de un proyecto más ambicioso, capaz de agregar en ecuación perfecta paz + alegría + activismo + respeto. Sea en el hogar dulce hogar, un flete, una imprevisible gira por Tucumán o una filial de River Plate con el nombre del muñeco Gallardo, allí van ellos en busca de darle a este mundo algo de felicidad.

OLFATO. La labor culinaria está bien lejos de los campamentos o los viajes de mochila... nada de última cena, aunque Yicos bien podrían ser los apóstoles revolucionarios del oeste. Los aromas mezclan el arroz con la hierba santa, los postres con la madera crujendo. Se respira algo mucho más fuerte, con la densidad y el atractivo que genera lo artesanal, lo cotidiano, que se vuelve marca registrada y de lo que no se levanta bandera, sino que se lleva como una marca en la piel.

TACTO. Recorrer Perú sin la ayuda de la vista puede ser una experiencia fascinante. Las paredes hablan desde sus texturas, sus espacios libres, sus carteles, fotos, dibujos, arengas, y hasta felicitaciones de un Boom Boom Kid que pudo apreciar la pasión de un grupo desde su registro musical, casi adivinando todo lo que pasa en esta fría noche de sábado. No hay que ser muy listo, sólo se necesitan los sentidos. Y la actitud de entregarse al placer de los sonidos, ese capaz de subvertir cualquier orden establecido y de poner sobre la mesa lo que hay que poner: alegría. Alegría sin fin. Acá. Ahora. Siempre.

—Entonces viajás mañana...

—Sí, Julia. Voy a precisar que pases por casa para que juntes las boletas y pagues las expensas. ¿Puede ser?

—No te preocupes, voy a estar un rato acá y otro allá. Me va a ayudar a romper un poco la rutina.

—¿Te vas a algún lado?

—Por ahora no. En la oficina me dan vacaciones recién en marzo. Por ahí me vaya a Mar del Plata... con los jubilados, je.

—Podés ir al festival de cine.

—Nah... dudo que pasen algo que me interese. Seguro son esas películas rusas o iraníes que ves vos solo.

—Si las viera yo solo no organizarían festivales, ¿no te parece?

—Bueno, no importa... no voy a ir a Mar del Plata a meterme en un cine. Quiero ir a la playa, tirarme en la arena, y a la noche salir a tomar algo. Pero en marzo va a ser un embole.

—Fijate... acá te dejo una copia de las llaves. Con que vayas una vez por semana alcanza y sobra. Ahora me voy que tengo que armar la mochila.

—¿Salís mañana y todavía no armaste nada? Vos estás loco...

—Dame un beso. Nos vemos a la vuelta. Si querés escribime que allá voy a chequear mails.

Las despedidas de fin de año fueron pocas. Con Esteban nos dimos un abrazo. Hasta último momento insistió con que

TODAS ESAS COSAS

32 me quedara. Habló de licencias sin goce de sueldo y ese tipo de cosas. Yo lo escuché sin interrumpirlo. Salí por última vez del local y vi Corrientes casi vacía. Cuando llegué a casa tuve un momento de duda. ¿Y si no me banco viajar más de un mes solo? ¿Si me pasa algo? ¿Si le pasa algo a Julia? Caminé acelerado, salí al balcón pero no me calmé. Armé un porro y lo fumé tirado en el sillón. Recién ahí me tranquilicé. Recién ahí pasé la crisis. Llamé por teléfono a Fer y le dije que lo iba a extrañar.

Empecé a llenar la mochila. Empecé el viaje.

33 Ya tengo cancha en esto de armar mochilas. La mía es una Doite de 70 litros. Enorme, sí... cuando pongo la bolsa de dormir atada me queda por encima de la cabeza. La parte de abajo tiene un cierre interno que la divide del resto. No es grande, pero alcanza para que entre la ropa. Algunas remeras, un pantalón cargo, un polar y un par de zapatillas de lona, además de medias y boxers. También pongo la toalla y a los costados, a presión, los tubos de gas butano, para que la base de la mochila quede firme y al apoyarla no se desarme como un flan. En el cuerpo principal va la cocina a gas, la marmita, algo de comida enlatada, y la bolsa con las cosas del baño: shampoo, jabón, pasta dental, papel higiénico, curitas, Pervinox, y algunas pastillas para el dolor de cabeza o de panza. Ya puedo cerrar la mochila, queda atar la bolsa de dormir (carpa no llevo: en Bolivia no hay campings) y llenar los bolsillos. Ahí pongo un detergente y una esponja, sal, gotas para potabilizar agua, sobres de jugo en polvo, equipo de mate, aceite y alcohol en bolsas cerradas, y todas esas cosas que no uso en ninguno de los viajes pero tampoco puedo dejar de llevar.

En nueve horas sale el micro.

La mochila de mano lleva lo más importante. El termo de aluminio, cámara de fotos (reflex manual, digital no tengo), dis-

cman, un cuaderno, mapas, la guita y los documentos. Tengo que elegir los libros y los discos. Como es lo que más me gusta lo dejo para el final. El porta CD tiene lugar para 12 discos, más uno que llevo en el discman. Elijo una buena combinación de estados de ánimo.

- *Bombo Clap!*, de Yicos
- *Niño rojo*, de Devendra Banhart
- *Louder than bombs*, de The Smiths
- *Peng!*, de Stereolab
- *Clandestino*, de Manu Chao
- *Horrible*, de Suárez
- *La tranquilidad después de la paliza*, de Francisco Bochatón
- *The blue notebooks*, de Max Richter
- *Perfecto*, de Dani Umpi
- *No es pecado*, de Alaska y Dinarama
- *Summer Sun*, de Yo la tengo
- *Once more with feeling*, de Placebo
- *Ambient works vol. II*, de Aphex Twin (el CD 2)

Los libros son tanto o más importantes que los discos. Decido llevar tres. *Bullet Park*, de John Cheever, *Hospital de ranas*, de Lorrie Moore, y *Las películas de mi vida*, de Alberto Fuguet. El de Fuguet va a ser el que lea primero.

En ocho horas sale el micro.

Desconecto el teléfono y me acuesto pensando en la música y las letras. Pienso en quedarme despierto y viajar sin dormir. Antes de cada viaje pienso lo mismo. Nunca lo hago. Prendo la tele. El noticiero muestra estadísticas que dicen que disminuyeron los quemados por pirotecnia pero aumentaron

los muertos en accidentes de tránsito. No compro petardos ni sé manejar. Apago la tele. Trato de dormir. No puedo. Prendo la computadora. Busco mi video porno favorito y me hago una paja. Me acuesto de nuevo, desnudo. Pongo la cabeza debajo de la almohada. Me relajo.

En menos de siete horas sale el micro.

CINEASTAS

36 Me pongo la mochila y la ajusto a mi cuerpo. También sobre los hombros llevo la de mano, hacia adelante, como una segunda panza. Apenas paso por el pasillo. Miro hacia atrás: la persiana baja, las luces apagadas, sólo escucho el motor de la heladera casi vacía. Siento que dejo mi casa para no volver nunca, como el último día en Parque Patricios cuando me tocó revisar las piezas antes de cerrar con llave. Esta vez no lloro.

Me meto al subte en la estación Sáenz Peña. Arriba veo a Miguel, un compañero del secundario al que no me cruzo desde la fiesta de egresados. Está igual que ese día, aunque teñido de un color que creo es caoba. Cuando paso por estas situaciones estoy convencido de que yo los reconozco pero ellos no se acuerdan de mí, como si yo cambiara y ellos se quedaran en unas previas eternas. Por supuesto, me hago el boludo.

—¡No te puedo creer!... ¿cuánto tiempo pasó, hermano?

—¿Miguel?

Pongo cara de sorprendido, llevo mi cabeza hacia un hombro y arrugo la frente, como si estuviera tratando de hacer memoria.

—Sí chabón... ¿qué hacés? ¿Te vas de vacaciones?

—Sí, ¿se nota? Me estoy yendo al norte y después a Bolivia.

—Uh, me dijeron que está buenísimo, te la vas a pasar masti-

cando coca. ¿Con quién vas?

Me hincha las pelotas tener que mantener un diálogo fluido con alguien a quien no veo hace años y que ni siquiera sé si recuerda mi nombre. Igual le contesto.

—Solo.

—¿Solo? Vos estás loco... ¿No salís más con Lucrecia?

—Hace cuatro años que no la veo. Bajo acá Miguel, me alegro de verte.

Bajo del subte de mal humor. Odio tener que pasar por encuentros como este. Miguel me hizo acordar a mi adolescencia.

Casualidad o no, mis dos ex novias tienen nombre de cineastas, Lucrecia y Albertina. Con ninguna de las dos terminé mal. Lucrecia me pedía que le contara más cosas de mí, decía que si ella no hablaba yo podía batir el récord mundial de estar callado. La última vez que la vi me dijo que estaba saliendo con una chica. Y que la comunicación era la base de cualquier relación. Albertina era una de las mejores amigas de Julia, le llevaba siete años. Me gustaba estar con ella porque no rompía las bolas con planteos de pendeja y porque detestaba usar el teléfono. Nunca supe por qué terminamos. Creo que no hay una razón. Discutimos en una de las pocas charlas telefónicas y no volvimos a hablar. Ni a vernos. A ninguna de las dos las extraño. Dudo que ellas se acuerden de mí. A veces pienso que estuve de novio porque es una etapa más de la vida: no aprendí nada de mis relaciones ni me interesé en las personas con las que salí.

Llego a la recova y veo al coro de vendedores más armónico. Busco al mío y no lo encuentro. Me dicen que está enfrente, sobre Rivadavia, subiendo las cosas al micro. Me apuro.

—Por fin nene, me quedaba un solo asiento.

—Bueno, es mío, para eso lo saqué un mes antes.

—Tomá, asiento 1, viajás atrás del chofer. ¿Tenés algo para guardar abajo?

—Sí, la mochila grande.

—Dos pesos.

38 No sé qué me molesta más, que me cobren para llevar equipaje, o que me digan nene. Pago los dos pesos y subo al micro. Me gusta viajar atrás del chofer. Puedo ver la ruta, a los costados, y encima el asiento de al lado va vacío. Pongo música: Suárez bendice la partida.

Voy a ir y venir

Voy a pasarla bien

Pidiendo todo lo que quiero

Viviendo todo lo que quiero

39 Todavía es de día. La única escala prevista para cenar es un parador en Rafaela donde todos los negocios se llaman igual. En la panadería compro unos sanguches de jamón y queso para aguantar hasta la mañana. Sin salir del local cruzo una cortina y aparezco en el kiosco. Compro unas galletitas y una botella de agua con gas. Me siento al lado del micro a comer los sanguches. Escucho un ruido raro que sale del depósito, un quejido, cada vez más fuerte. Uno de los pasajeros me dice que no me asuste, que están llevando a su perro dentro de una jaula, entre los bolsos. No me asusto, pero dejo de comer los sanguches y los guardo en mi mochila. Sigo escuchando los quejidos, y ahora los asocio con los de un perro. Subo al micro y espero que vuelva a arrancar.

Y que llegue a San Salvador lo más rápido posible.

40 Son muchas horas sin saber dónde estoy. Desde el parador en Rafaela hasta el amanecer de Güemes, cruzando provincias a oscuras, andando rutas hechas mierda. Por fin llego a Jujuy. La terminal de micros queda sobre la avenida Éxodo. Esteban me contó la hazaña jujeña de 1813. Belgrano vio que los españoles avanzaban buscando recuperar las tierras independizadas. No iba a poder hacerles frente en Jujuy, debía reorganizarse y sumar gente. Entonces hizo retroceder a su tropa —y a quienes vivían en Jujuy— hasta Tucumán; la orden era abandonar las casas y quemarlas, no dejar nada de utilidad para el enemigo. Así lo hicieron. Los españoles recién encontraron resistencia en Tucumán. Y para los de Belgrano fue victoria.

Trato de imaginarme aquel 23 de agosto hace dos siglos. Me doy cuenta que estoy en una ciudad de héroes.

Yo empiezo mi propio éxodo. Algo voy a buscar. Y como siempre, algo dejo atrás.

41 Antes de recorrer Bolivia decido conocer la puna jujeña. Esteban, que no viajó ni a la esquina pero sabe mucho de geografía, me recomendó Purmamarca y Humahuaca. Pido algunos mapas en la oficina de información para turistas que tiene la terminal. Me atiende un señor de bigotes que está masticando una medialuna mojada en café con leche a la una de la tarde. —¿Qué andás buscando?

—Mapas. Y alguna referencia de lugares para recorrer.

—Bueno, sentate. Este es el mapa de la provincia, que está dividida en cuatro regiones. San Salvador se encuentra en la parte de valles...

—Sí, me imaginaba por la cantidad de árboles, y por la humedad que hay. Así que no me voy a quedar acá, ni voy a recorrer los valles. Quiero ver la puna.

—Claro, como hace la mayoría...

No cabe duda que este hombre nació en la capital de Jujuy. Me pregunto si en serio cree que un mochilero va a quedarse en esta ciudad teniendo tantas otras opciones.

—Me recomendaron Purmamarca y Humahuaca. ¿Hay otro lugar interesante camino a La Quiaca?

—Sí. Podés ir a Tilcara, donde está el Pucará, y desde Humahuaca a Iruya, un pueblito muy lindo que quedá cruzando el límite

con Salta.

—¿Qué es el Pucará?

—Es un circuito donde ves la historia arqueológica de la región y la imagen de la Virgen del Pucará de Tilcara.

—Mirá vos. Y ese circuito es gratuito...

—Era, hasta no hace mucho. Pero para poder mantenerlo en óptimas condiciones se cobra un valor simbólico.

42 —¿Me puedo quedar con el mapa?

—Sí, claro.

Descarto el Pucará. Me acerco a las ventanillas y pregunto precios. Me dijeron que en Bolivia se puede regatear todo; yo empiezo por Argentina. Después de siete negativas al hilo tengo un pasaje a Purmamarca para dentro de unas horas. Compro una revista de sudoku para hacer tiempo.

HABITACIÓN COMPARTIDA

El paisaje se vuelve árido de golpe. Todavía lo veo como desde una pecera. Dejo por fin la ruta 9 y tomo la 52 para llegar a Purmamarca, un pueblo que está a 65 kilómetros de San Salvador. Es increíble que en tan corta distancia la vista haya cambiado tanto.

Consigo alojamiento por muy poca plata en una habitación compartida. Colchón al piso sin frazada, en un quincho devenido hostel. Veo a dos chicas juntas y un flaco que está solo leyendo. Las chicas me saludan. Empieza un diálogo trillado.

—¿De dónde sos?

—De Buenos Aires, ¿ustedes?

—De Monte Grande, cerca de Capital

—Sí, conozco, un lugar con muchos árboles ¿no?

Una tiene rastas negras y ojos verdes, se llama Patricia. La otra es gordita y cuando se ríe se le achinan los ojos. Le dicen Luli.

—¿De donde venís?

—De San Salvador, acabo de empezar el viaje.

—Nosotras venimos bajando desde Bolivia y queremos ir a Chile.

—¿A Chile desde acá?

—Sí. Supuestamente pasa un micro por la ruta 52 que cruza a

43

Chile y te lleva a una ciudad que se llama Antofagasta, ¿conocés?

44 *¡El Hollywood de Sudamérica!* Como me pasa con la mayoría de los lugares, conozco Antofagasta por el cine. Un documental que vi en algún festival contaba el proyecto de armar una movida cinematográfica en esa ciudad allá por 1920. La aparición del cine sonoro en EE.UU. apenas unos años después arrasó con todo. Aunque valió la aventura.

—No, no conozco.

—Nadie tiene muy claro cómo sacar los pasajes o en dónde. Nos dijeron que en un hotel que está a tres kilómetros del pueblo se pueden comprar y que el micro para ahí mismo. A lo mejor vamos hoy.

—Bueno, suerte entonces. Yo me voy a caminar.

En el pueblo las chicas están vestidas como si fueran a bailar. Todos desfilan con celulares y cámaras digitales, se quejan de la desorganización de los micros, y toman yogur descremado debajo de los árboles.

Vuelvo a la habitación. El colchón me ayuda a romper lazos con tantas postales porteñas. Solo, empiezo a leer *Las películas de mi vida*.

En mi primer sueño de viaje conduzco un programa de entretenimientos y le entrego a una participante un set de cubiertos. Entre lágrimas me agradece y dedica el premio "*a todos los que me conocen*".

NACIDO Y CRIADO

46 Purmamarca es tan lindo como para empezar el viaje tranquilo. Cruzo la ruta para escalar un cerro. En la base veo una ranura con un cartel que dice "VER EL PAISAJE: 50 CENTAVOS", y un poco más abajo "NO SE BURLE: ESTÁ PROHIBIDO PONER PIEDRAS EN EL BUZÓN". La subida no es empinada; casi sin esfuerzo camino por la cumbre en busca de un lugar para sentarme. Cuando me doy vuelta veo a un flaco más grande que yo caminando en cuero. Es morocho, está en bermudas, y lleva la remera atada a la cabeza para zafar de los rayos del sol. Sigo unos metros más y me siento de frente al pueblo para ver el espectáculo. Empiezo a armar un porro.

—¿Qué calor no?—, se presenta.

—Sí, tremendo... es el tema de salir al mediodía

—Tengo agua, ¿querés?

—Gracias. ¿De dónde?

—De Burzaco, ¿vos?

—Capital

—¿De dónde venís?

—Estoy empezando el viaje. Voy para el norte, a Bolivia. ¿Vos?

—Me voy a quedar en Purmamarca una semana. Después vuelvo para allá, no tengo más vacaciones en el laburo.

—¿Qué hacés?

—Soy economista. Me llamo Cristian.

Me doy cuenta que tengo que revisar mis prejuicios. Cristian parece cualquier cosa menos un economista. Tiene el cuerpo de un atleta y se mueve entre los cerros como si fuera nacido y criado. Terminó de armar el porro y se lo ofrezco.

—Desde acá puedo ver dónde estoy parando.

—Sí, yo también. Aquella es mi carpa —, dice, señalando un punto en el pueblo que podría ser cualquiera. Fumamos en silencio. Sólo se escucha el ruido de unos camiones que pasan por la ruta.

—¿Bajamos? Tengo hambre.

—Dale, vamos a comer.

Mientras bajamos del cerro veo subir a Patricia, sin Luli.

—¿Ya te vas?

—Sí, vamos a comer algo enfrente del hostel. Después nos vemos abajo.

—Listo, cualquier cosa paso.

Patricia y Cristian se saludan y cruzan dos palabras. Yo sigo bajando. Busco algo de sombra para esperarlo en la base del cerro. Llega, se pone la remera y me hace un gesto con la cabeza para que lo siga.

TORMENTA

48 Empiezo a sentir los efectos del sol del mediodía. No es tanto el calor, pero encandila. Entramos en una casa de comidas que tiene las mesas vacías y el televisor prendido. Están pasando un noticiero. Parece que en Buenos Aires hubo una tormenta que inundó Belgrano y La Boca.

—Hola chicos, ¿qué van a comer?

—¿Qué hay?

—Los platos del día son fideos con estofado de pollo, o milanesa con ensalada rusa.

—Yo quiero milanesa

—Yo los fideos

—¿Toman algo?

Nos miramos.

—Cerveza.

—Ya les traigo.

Parece que la inundación también afectó Villa Crespo, Palermo, Barracas y San Telmo. Un funcionario del gobierno porteño trata de dar explicaciones. En el discurso agrega que el responsable del área decidió interrumpir sus vacaciones para ocuparse del tema.

—Che, ¿qué es lo que hace un economista?

—Básicamente teoriza. No es como los contadores o los adminis-

tradores de empresas que por lo general trabajan con números. Nosotros nos dedicamos a investigar y hacer teoría.

—Ah, mirá vos. ¿Y dónde laborás?

—Tengo una beca del CONICET. Estoy trabajando con un equipo de economistas en Lomas de Zamora.

Nos traen la cerveza, *Norte*. Brindamos sin decir motivos. Tomo casi sin respirar. Me doy cuenta que necesitaba algo fresco.

—A mí el tema que me apasiona es el comercio con otros países. La investigación es sobre relaciones comerciales con países asiáticos.

Cristian empieza a hablar. Habla, pregunta y se responde solo. Me dice que la solución para la crisis argentina está en el comercio con China, pero que para eso tiene que haber reglas claras. No me dice cuáles son esas reglas. Deja de hablar un momento cuando traen los platos. Después sigue.

—Además hay que mantener buenas relaciones con Bolivia y Venezuela porque tenemos un serio problema energético, y eso es algo de lo que casi nadie habla. Lo que pasa es que en este país nadie piensa a largo plazo, todo es hoy, ahora, ya.

Yo lo miro pero no lo escucho. Veo cómo los ojos marrones le empiezan a brillar por la cerveza, como un piso de madera recién plastificado. Él sigue hablando.

—¿Pedimos otra? —, lo interrumpo.

—Sí, dale

Después de pagar nos levantamos y nos damos cuenta de que las cervezas fueron varias. Le digo si quiere tirarse un rato en el hostel y me dice que sí. Cuando llegamos veo a Patricia y Luli acostadas. Cristian se vuelve a sacar la remera y

se acuesta al borde del colchón, dejándome más de la mitad libre. Yo también me saco la remera. No tardo mucho en quedarme dormido.

50

SISMOS Y SUPERPRODUCCIONES

Para cuando me despierto ya está oscuro. Cristian se fue, estoy solo en la habitación. Me enoja pensando que me va a costar mucho dormirme a la noche. Sigo leyendo las aventuras de Beltrán Soler, el protagonista de *Las películas de mi vida*. Lo acompaño en su recorrido entre sismos y superproducciones.

51

Antes de comer paso por el único cyber del pueblo, atestado de gente. Después de esperar media hora me siento en una máquina a chequear correo. Tengo un mail de Jorge. Me dice que la nota sobre Yicos se publica, pero va con algunas modificaciones; cree muy evidente que la hizo alguien que es amigo de ellos, y prefiere algo un poco más "objetivo". No creo en la objetividad a la hora de escribir, pero sí en las jerarquías, así que acepto el cambio. Me enteraré a la vuelta cómo queda la nota. También me pide dos reseñas sobre cine antes de fin de mes, que no pasen los diez mil caracteres.

Recibo además un mail de Julia. Quiere que le cuente cómo estoy. Me dice que aumentaron las expensas en mi departamento, y que está saliendo con un chico que estudia cine, por lo que quizás en marzo termine yendo al festival de Mar del Plata. Le respondo en tres líneas que llegué bien y que por ahora la estoy pasando diez puntos. Salgo del cyber. Está lloviendo.

Mañana me voy de Purmamarca.

MORRISEY

52 Camino las calles húmedas y llego a la plaza principal. La cruzo para sentarme al lado del árbol más viejo. Ahí están Luli, Patricia y Cristian.

—No nos podemos ir a Chile —, dice Luli.

—¿Qué pasó?

—Fuimos a preguntar al hotel que está a tres kilómetros y nos dijeron que están todos los pasajes vendidos, así que el micro ni siquiera para. Y el siguiente pasa dentro de tres días.

—Qué garrón... ¿y qué van a hacer?

—El tema es que tenemos que estar en Buenos Aires la semana que viene para hacer unas promociones, pero queremos conocer Antofagasta. No sé que vamos a hacer...

Me entero que Luli y Patricia son modelos para publicidades que se venden en Europa. Viven juntas en una casa con jardín en Monte Grande. Me llama la atención que viviendo juntas también quieran viajar juntas.

—Yo tampoco sé si me quiero quedar toda la semana en el pueblo, me voy a aburrir rápido. ¿Vos te quedás más días? —, me pregunta Cristian

—Pensaba irme mañana a Tilcara.

—¿Está bueno?

—No sé, no conozco. La única referencia que tengo es la de un

circuito religioso que no me interesa. Voy a ver qué onda.

—Si me canso enfilo para allá entonces.

—Como quieras.

Sentados en un banco escuchamos la música que sale de las peñas. No hay mucha gente en las calles, la mayoría está en los bares comiendo, tomando y bailando folklore. Ninguno de nosotros parece interesado en esa movida.

—¿Vamos para el hostel? Va a estar más tranquilo allá —, dice Luli. Patricia la mira y sonríe, sin decir nada.

—Dale vamos —, digo.

No hay nadie en todo el hostel. Cuando entramos pongo música en el discman con unos parlantes chiquitos que traje. Escucho la voz de Morrisey y me olvido del resto por un rato. Me acuesto a mirar el techo de la pieza. Alguien prende un porro pero no tengo ganas de fumar. Suena *Half a person*, uno de mis temas favoritos. Cierro los ojos. Tengo una sensación hermosa: la música me llega directamente a la piel. Quiero que este momento dure horas. Adentro de la habitación las sombras se mueven. Afuera empieza a llover otra vez.

53

SUERTE

54 Otra vez arriba de un micro. El viaje es corto, menos de 50 kilómetros separan Purmamarca de Tilcara. De nuevo la ruta 9. Luli y Patricia se quedaron con sus mochilas haciendo dedo al costado de la 52. Llegaron hasta el norte para cruzar a Antofagasta; quieren conocer el desierto junto al mar. Ojalá tengan suerte. Cristian se quedó en Purmamarca, supongo.

Yo sigo viaje, mi viaje, y me acerco cada vez más a la frontera.

VÍSPERAS

55 Tilcara está repleto. Me lo confirman en información al turista, aunque basta con ver la terminal de micros. Me dicen que pasa siempre en vísperas de fin de semana. Ahí caigo que es viernes, dato inútil cuando se está de viaje sin fecha de regreso.

Consigo alojamiento en las afueras, en la casa de una familia de evangelistas dispuestos a enseñar la palabra de Dios a toda hora y en todo lugar. Para colmo soy el único huésped, foco fácil de preguntas, comentarios y recomendaciones que nunca pido. Después de varios minutos de prédica logro quedarme solo en una habitación con seis chuchetas. Hago oídos sordos al pedido de dejar la puerta sin llave. El miedo a una aparición celestial en plena siesta es más fuerte. "Dios es amor" dice un cartel al que ignoro por el cansancio.

El pueblo está envuelto en un aura denso, negativo. Las calles están llenas de adolescentes tomando fernet con coca. En la plaza principal sólo cabe un alfiler. A lo sumo dos. Pensar que creía que iba a estar solo... Pregunto en un negocio si hay algún cine o centro cultural que proyecte películas. Me dicen que no, que creen que en Humahuaca funciona uno durante el verano. Decido volver al templo encubierto en el que me hospedo. Unas cuadras antes de llegar empieza a llover. No es como la mayoría de las lluvias que empieza con una garúa y

después se hace más fuerte. En segundos las calles de tierra se convierten en barro. La gente corre a ningún lugar. Algunos gritan. Llego a mi pieza empapado. Me saco la ropa, cierro con llave y me acuesto. No pongo música, quiero escuchar las gotas cayendo sobre el techo.

56

Convencido de que mi relación con Tilcara no va a mejorar de buenas a primeras, y que la única gran atracción es ese circuito religioso, me voy. Próxima estación: Maimará, un pueblo que está a apenas ocho kilómetros y que vi desde la ventanilla del micro cuando viajaba para acá. A veces es bueno retroceder para tomar envión. Decido ir caminando al costado de la ruta desafiando a los autos, mientras esquivo las lagunas de barro que formó la lluvia de anoche. El viento me da de frente, de a ratos camino con los ojos cerrados. Me acuerdo de la protagonista de un libro que se volvía reflexiva y profunda cuando el viento le daba en la cara. Estoy contento, tengo ganas de reírme solo. Me gustaría que Fer estuviera conmigo. Al menos Yicos me acompaña en el discman. Canto sin escucharme.

57

Si morir es ir juntos al desierto

Si morir es ser uno con el viento

Si morir es ir juntos al desierto

Si morir es ser un soplo del viento

Qué bueno estoy muerto... ¡bien muerto!

Llego a Maimará más rápido de lo que pensaba. Bajo desde la ruta a una calle asfaltada, desierta; de repente escucho gritos.

Me acerco a un paredón grande que tiene una puerta verde en el medio. Cuando estoy por llegar escucho un sonido muy agudo. Me asomo y veo un partido de fútbol bastante organizado: camisetas, titulares y suplentes, y hasta un árbitro. Lo único que falta es público. Apenas un perro acostado atrás de uno de los arcos. Miro un rato el partido pero me aburro, así que sigo caminando por la misma calle asfaltada. Un par de vecinas me miran raro, intuyo que por la mochila. No veo otros mochileros en el pueblo. Me acerco a una de ellas.

—Buen día señora, estoy buscando alojamiento barato, ¿sabe de alguno acá?

—Está el camping, querido, ¿conocés?

—No, pero igual no tengo carpa, tendría que ser un albergue, o algún vecino que alquile una pieza.

—No, no, no, no- dice, y se acerca un poco más para contarme en voz baja el plan que ya organizó por mí. —El camping tiene unas habitaciones con camas. Son un poco más caras, eso sí.

—Ah, perfecto, entonces voy para allá. ¿Para qué lado queda?

Me despido con un "Gracias, chicas" que se quedan comentando entre risas. Antes de buscar el camping decido comer, una de las actividades más placenteras del viaje. Trato de elegir una buena combinación de sabores y ambiente. El almuerzo es a lo grande: tamales y empanadas de queso en una fonda donde me cruzo con los primeros turistas del lugar. Después de comer dejo las cosas en el camping.

Maimará tiene una atracción que se llama "Vuelta al mundo". No es más que un montón de flechas separadas cada cien metros que te llevan a recorrer el pueblo. Paso por un gimnasio techado donde tocan grupos de cumbia, una rotonda que me

lleva a calles de tierra, y finalmente una pequeña escalada que termina bajo una cruz de madera desde la que se ve todo el pueblo. Me siento a comer una mandarina. Desde ahí arriba puedo ver un jardín con flores de todos colores, y a un chico en cuclillas haciéndose sacar una foto.

TERRAZA

60 Todo pasa muy rápido. Quizás sean mis ganas de llegar a Bolivia. Quizás la necesidad de alejarme rápido de Tilcara. Estoy en Humahuaca, un lugar con calles de piedras y veredas estrechas, por poco inexistentes. Mientras busco dónde dejar mis cosas voy haciendo un paneo. El pueblo tiene un centro que está pensado para turistas de acá y de afuera, lleno de tiendas de ropa y dulces artesanales. Pregunto precios para pasar un par de noches pero son muy caros. Después de varias vueltas un chico de ocho o nueve años me encara a la salida de un local de video juegos.

—¿Buscás alojamiento?

—Sí, ¿conocés alguno barato?

—Sí, en mi casa. Te sale ocho pesos la noche.

El pendejo la tiene clara. Lo sigo. Para llegar a la casa hay que alejarse del centro, subir por unas calles de tierra, y llegar a una especie de terraza del pueblo. La habitación es chica y tiene cuatro camas, todas vacías. No hay lugar para una quinta, ni siquiera para un colchón más. En la casa hay tres habitaciones como esa, una especie de comedor común, y un baño para todos. El dueño es el padre del pibe, y me dice que cobran diez pesos la noche. Le respondo que la oferta había sido de ocho, y le pago dos noches juntas antes que cambie de idea.

Humahuaca está vigilado por un monumento desproporcionado, de mal gusto, homenaje a quienes lucharon por la independencia. Es increíble que un pueblo de calles de adoquines y casas de adobe tenga la custodia de una imagen tan horrible. También hay viejas vías de tren tapadas por asfalto, y como no podía ser de otra manera, una virgen, a lo lejos, cruzando un río casi seco.

Andando por el centro del pueblo veo a un flaco de espaldas que me resulta conocido. Apuro el paso hasta que lo alcanzo. Es Cristian, que vaya uno a saber cómo terminó en Humahuaca.

—¿Qué haces chabón?— le digo.

—¡Ey!, sabía que nos íbamos a volver a cruzar.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer, desde Purmamarca, ¿vos?

—Hace un rato, estoy parando en una casa de familia en las afueras.

—Ah, mirá... yo estoy en el centro, acá a la vuelta.

—¿No es un poco caro?

—No te creas. Si te ponés a analizar la relación costo—beneficio no es caro. El lugar es muy cómodo, sirven desayuno, estoy cerca de la terminal...

—¿Cuándo te volvés?

—Mañana tengo pasaje a San Salvador, y de ahí a Buenos Aires. Me quedé con ganas de conocer Iruya, dicen que es muy lindo.

—A mí me dijeron lo mismo. No sé igual si voy a ir, tengo ganas de llegar a Bolivia ya mismo.

—Bueno, a la vuelta contame cómo es.

SALTA AL 300

No entiendo ese último comentario de Cristian. Seguimos caminando por las calles de tierra. Cuando llego al puente tengo una revelación. Un puesto de sanguches se llama "Faty", igual que uno de los integrantes de Yicos. Me acuerdo que en Perú vi una foto de ese mismo puesto pegada en la pared, de un viaje que Fer hizo al norte hace unos años. Siento una conexión muy grande, una sensación que no puedo compartir con Cristian, ni con nadie.

62

—¿Estás bien? —, me pregunta

—Vamos a la terminal, quiero averiguar algo.

Como me dijeron en Tilcara, Humahuaca tiene cine. En realidad es un centro cultural autogestionado que proyecta películas en DVD una vez por semana. Estoy en las afueras del pueblo, calle Salta al 300, en una sala con butacas. Pasan *Roma*, de Adolfo Aristarain, en pantalla grande. La copia no es mala, tampoco el sonido. Estoy viendo una peli como en la mayoría de las salas de cine arte de Buenos Aires. La entrada cuesta dos pesos; somos siete. Cristian no quiso venir. Quizás la relación costo—beneficio no le pareció buena. Quedamos en vernos a la noche en un bar a tomar unas cervezas.

63

La película me gustó, Aristarain maneja muy bien los tiempos de narración. Y yo tengo mi próxima nota.

EL LOBO ESTEPARIO

64 Manuel, un joven estudiante de periodismo, llega a un caserón suburbano de Madrid. El objetivo es colaborar en la redacción de la autobiografía de Joaquín Goñez, un escritor cascarrabias entrado en sus sesenta. Se han encontrado dos mundos opuestos: el de un bohemio resentido con la vida que se embarca en esta obra porque necesita el dinero “para no necesitar dinero”, y el de un joven que más allá de la carrera que estudia no se anima siquiera a escribir algo propio y que por momentos da la sensación de ser un espectador de su propia vida. Esta particular relación va a pasar de la molestia inicial al cariño que le irá tomando Joaquín mientras comparte buena parte de su historia personal. Historia que irá de la mano con la efervescencia política y social que se vivía en los años `60 del otro lado del Atlántico.

ALMA DE BOHEMIO

La infancia de Joaquín es en Parque Chás, un barrio donde conviven fachadas circulares con una parsimonia casi dominguera. Estamos a comienzos de los `50 y todo parece perfecto: la vida en armonía familiar, los días de caza con papá, las clases de piano y el colegio bilingüe. Todo sintoniza demasiado bien en esta esforzada familia de clase media, anticlerical y progresista, donde se practica la importancia de los sueños y la libertad por encima de cualquier otra cosa. ¿todo tiempo pasado fue

mejor? Es posible, al menos en la memoria de este errante escritor, que empieza a mostrar los orificios de un sueño trunco, de una Argentina inconclusa. El primer gran golpe de Joaquín es la muerte de su padre, aquel que le había enseñado en pocas lecciones cómo enfrentar en soledad un mundo preparado para recibir a otros invitados: confiando en los ideales, dispuesto a disfrutar de la belleza, y hablando con el río para que la corriente se lleve las penas y los dolores del alma. Tango porteño de medio siglo, melancolía a flor de piel, y el paso obligado de la tierna infancia al papel de hombre de la casa para el pequeño Joaco.

65

CONVERSACIONES CON MAMÁ

No tardaron en llegar las penurias económicas a la familia Goñez, y la necesidad de un cambio de roles y de actitud frente a una realidad dispuesta a no dar tregua. Reflejo de un país que alguna vez soñó con el progreso ilimitado y un bienestar aplastado por pesadas botas de plomo, la adolescencia de Joaquín permitirá el ingreso de la verdadera heroína en esta historia: Roma. No un exilio europeo en busca de la prosperidad robada, mucho menos el refugio en alguna figura religiosa que ilumine el camino de este joven desorientado. Roma es su mamá, una profesora de piano que se niega a aceptar ayuda económica de familiares chupasirios, auténtica madre coraje destinada a seguir viviendo con la satisfacción de su hijo como motor principal. Dueña de un pensamiento libertario, tildada de permisiva por su actitud con Joaquín, será la confidente de las penas y alegrías de un joven con ganas y temores a desplegar sus alas.

El tiempo no para, la dictadura de Onganía arrasa con todo lo que tiene a su paso, mientras se gesta en Buenos Aires un movimiento de liberación política, social y sexual. Son los finales de los sesenta y los ecos del mayo francés no tardan en llegar al Río de la Plata. ¿Se puede

cambiar el mundo? ¡Por supuesto! gritan unos cuantos jóvenes entusiastas, y en la adolescencia de Joaco empiezan a desfilar personajes de todo tipo. La calle Corrientes se transforma en epicentro de soñadores y activistas, de intelectuales y artistas. ¿Quién puede imaginar en un momento así que tres décadas después el ya escritor Joaquín Goñez se encuentra mascando los restos de un pasado ilusorio, destilando rabia por un presente estático y con sabor a poco, y penando por un futuro que no quiere reservar su lugar?

Entre los actores que circulan por su vida Joaquín conoce a Guido y a René. Él, militante estudiantil, futuro cuadro montonero; ella, el amor de su vida, la primera mujer capaz de hacerle sentir que estar enamorado es incomparable con cualquier (otra) revolución. En esta agitada sociedad el protagonista de la historia observa, se posiciona como espectador, y eso va a costarle la acusación de “rinconero” por parte de los fanáticos. No será el único golpe que reciba, deberá atravesar todavía el más duro de todos: las penas de amor. La ginebra y el piano como refugio frente a uno de los padecimientos más intensos. Y allí otra vez Roma. “No puedo decirte qué hacer porque no lo sé. Lo único que puedo decirte es que va a haber dolor, mucho dolor”. La sabiduría de esas palabras hiela la sangre. Joaquín no resiste, y Europa parece su destino. Lo que no habían conseguido hasta ese momento una sociedad necia y los gobiernos militares de turno, se cristalizaba por las penas de un amor que no fue.

EL EXILIO

¿Es la soledad un revólver ardiente? Joaquín se va herido por el amor que pudo haber sido, y Roma deja sin música una vida que ya no valía la pena. España se vuelve el foco de oportunidades para un proyecto de escritor que consigue publicar su primera novela en tierras foráneas.

Sin embargo el viejo dicho se cumple de nuevo, y el que se va sin que lo echen... Joaco vuelve a tierras porteñas, y las heridas se profundizan. Guido lo recibe con un abrazo, pese a que años antes Joaquín había violado todo código enamorando a su esposa. Apenas alcanza a despedirlo antes de que “en un enfrentamiento” sea asesinado. René le dice que siempre lo quiso, y hasta se anima a recriminarle falta de afecto. Demasiado para este joven que desde la temprana muerte de su padre sólo supo de soledades. Los libros, la música, las mujeres, la política, Roma, la libertad, el cine... todas estaciones en el eterno viaje de un solitario que no quiere anclarse a los recuerdos. “Nunca vuelvas a los lugares donde fuiste feliz”, dice Joaquín. Como el lobo estepario, sabe que la vida está llena de esos instantes únicos, memorables, que le dan sentido. En busca de ellos deja su casa en Madrid para embarcarse vaya a saber uno en qué nuevo destino...

PERLAS

68 A la salida del cine me encuentro con Cristian. Camino al bar frena en un kiosco de diarios y pide una revista porno cualquiera. Me sorprende, pero no digo nada. Nos sentamos en la calle y la empezamos a ver. En la tapa hay una rubia en tetas con un collar de perlas en la boca, acostada al lado de una pileta. Las modelos y las fotos son parecidas a las de cualquier otra revista porno. Lo que me llama la atención son las supuestas declaraciones que ellas hacen. Una dice que su película favorita es *Nueve semanas y media* porque le gusta que "las cosas siempre queden claras". A otra le preguntan qué le gusta ponerse en verano y dice "nada... bueno, quizás un lindo collar". Y una tercera dice que comería, trabajaría y haría el amor al costado de una pileta.

El contraste entre la película y la revista es demasiado grande. Le digo a Cristian de ir al bar, tengo hambre. Guarda la revista en su mochila y seguimos caminando. Llegamos, pedimos una picada y una cerveza. Le pregunto por Luli y Patricia. Me dice que las acompañó a la ruta a hacer dedo y se quedó unas horas con ellas, después se volvió a Purmamarca. A la noche fue a ver si seguían ahí y ya no estaban, por lo que cree que consiguieron alguien que las levantara. A esta altura deben estar recorriendo Chile, pienso.

Salimos del bar. Estoy cansado. Me despido de Cristian con un abrazo, por la mañana no va a estar más en el pueblo. Me pasa su dirección de mail. Llego a mi habitación y veo ocupadas tres de las cuatro camas. Me acuesto y me quedo dormido leyendo.

Cuando abro los ojos ya es de día. Un gato gris está durmiendo al costado de mi cama. Son las once de la mañana.

70 Le mando la reseña a Jorge por mail. Aprovecho para chequear la casilla. Tengo mail de Fer.

Me dice que en Buenos Aires las cosas no van bien. Cada vez les cuesta más conseguir lugares donde tocar. Los sótanos están clausurados, los pubs habilitados cobran fortunas, y cuando logran hacer una fecha tienen que tocar frente a un público sentado. Lo peor de todo, dice, es que no se va a solucionar pronto. Los únicos lugares que se consiguen son para trescientas o cuatrocientas personas, imposibles de pagar, ni siquiera tocando con más bandas. Para colmo con la inundación del otro día se le mojaron unos equipos.

Ver un recital de Yicos sentado es como comer una ensalada de frutas sin bananas.

Le cuento que en Jujuy no pasa mucho y que estoy ansioso por cruzar a Bolivia. También que en la revista va a salir una nota sobre la banda y que en Humahuaca me encontré con el puesto de sanguches *Faty*.

Le digo que lo extraño.

Seguro que a la vuelta vamos a tener mucho para contarlos.

Llego a La Quiaca, extremo norte del país. Unos gendarmes y unas oficinas me separan de Bolivia. Por primera vez me siento lejos de casa. Busco el mapa que me dieron en San Salvador y veo que el pueblo está dentro del departamento de Yavi. Pregunto qué es Yavi y me dicen que es un lugar que está a unos pocos kilómetros para el este. Lo ubico en el mapa. Se llega en remis o a dedo. Me acerco a un tipo que está cargando cajas en una pick up y le pregunto si va para allá. Me dice que sí, y que por dos pesos me lleva.

De todos los lugares que conozco, Yavi es uno de los más lindos. Tiene una calle principal de tierra con casas bajas de adobe, y en los alrededores hay siembra. Me llama la atención por la altura en la que estamos y porque la zona es muy seca.

Me meto en una casa de comidas donde también hay alojamiento. Después de arreglar con Sandra, la dueña, dejo mis cosas y pido el plato del día. Me trae choclos, habas y queso de cabra, acompañado de pan y aceite, todo en una cazuela de barro.

—¿De dónde venís? —, me pregunta.

—Ahora de La Quiaca, pero soy de Buenos Aires. ¿Vos vivís acá?

—Sí, soy de Monserrat en realidad, pero hace un año estoy en

Yavi.

—Yo también vivo en Monserrat, ¿vos en dónde?

—Santiago del Estero y Venezuela, ¿vos?

—Alsina y Virrey Cevallos

—Ah, re cerca, somos vecinos

—Monserrat no es muy grande. ¿Cómo llegaste acá?

—Me harté de la ciudad y vine a tener a mi hija.

72

Me señala la mesa de al lado; tiene encima un moisés con una beba durmiendo. Está destapada, con un enterito celeste y medias blancas.

—¿En Capital que hacías?

—Estudiaba sociología, por ahora dejé. Supongo que más adelante voy a volver. El pueblo es muy lindo, pero no creo que me quede acá para siempre. ¿Vos qué hacés?

—Escribo para una revista. Antes trabajaba en una librería.

—Qué bueno. Yo trabajaba en una también, así me pagaba los apuntes de la facultad. Además tenía descuento para comprar libros, eso estaba bueno.

—Sí, yo lo tenía. Y los que no podía comprar los afanaba.

—¡Igual que yo! —, dice, y se ríe. Sandra tiene una risa grave, como si le saliera directamente desde el estómago. Está rapada y tiene unas trenzas finitas en la nuca.

—¿Y estás sola?

—No, con mi marido. Nos casamos allá antes de venimos, yo ya estaba embarazada. Los padres de él son los dueños de esta casa. Ahora se fueron a Villazón a comprar cosas.

Termino mi plato disfrutando cada bocado. Yavi tiene un museo, una iglesia muy antigua, y una biblioteca. Me quedo ojeando libros viejos hasta que empieza a oscurecer. Vuelvo al

hostel y Sandra me presenta a su marido y sus suegros. Él es muy alto, seguro que pasa el metro noventa. Nos quedamos charlando y tomando vino hasta tarde. Les digo que me quiero acostar y que la seguimos mañana.

73

SEGUIR CAMINANDO

una YPF, y hago la fila para salir del país de manera "oficial".

Antes de llegar a la ventanilla miro para atrás. Por un momento todo me parece desconocido.

74 Llevo varios días en el pueblo. Después de recorrer Yavi chico, a cuatro kilómetros de donde estoy parando, vuelvo al hostel y decido seguir viaje. Me despido de Sandra y su beba y hago dedo para ir a La Quiaca. Llego y me instalo en un residencial frente a la plaza principal. Tengo toda la tarde para planear el recorrido en Bolivia. Desde Villazón, el pueblo que está cruzando la frontera, voy a tomarme el tren a Uyuni para conocer el salar.

Cruzo la frontera por primera vez, sin mochila, para comprar el pasaje. Villazón es una gran feria callejera donde se puede conseguir de todo. Camino esquivando casas de cambio y vendedores ambulantes hasta llegar a la estación de tren. Está cerrada y un oficial me dice que los boletos se sacan por la mañana. Vuelvo a La Quiaca. Para entrar de nuevo a Argentina no tengo que hacer nada: sólo seguir caminando.

En el residencial estudio un mapa gigante de Bolivia que traje desde Buenos Aires. Lo mejor es ir de Villazón a Uyuni en tren, de ahí a Potosí, y de Potosí a Oruro y La Paz. Para eso tengo que estar bien temprano en la estación de tren. Me acuesto nervioso, pensando que empiezo otro viaje.

A la mañana dejo la llave de mi pieza y salgo para Bolivia. Cruzo un puente por encima de las vías, paso por delante de

FUGUET

76 Después de hacer una hora de fila apareció un funcionario para decir que los pasajes estaban agotados. Primer temblor. El salar va a tener que esperar: no hay micros de Villazón a Uyuni. Voy a la estación a buscar opciones. Saco un pasaje a Potosí sin pensarlo.

Son las diez de la mañana y el bus sale a las seis de la tarde. Por unos pocos bolivianos como un pedazo de carne hervida con tomate, cebolla y huevos fritos. Me siento en un parque abrazando la mochila y duermo un rato hasta que un oficial me despierta empujándome con su pierna. En Bolivia tampoco se puede dormir en las plazas. Me pongo a leer y termino el libro de Fuguet antes de lo pensado. Aunque esperaba encontrarme con otra lista de películas disfruté el viaje de Beltrán Soler. No voy a poder separar *Las películas de mi vida* de este viaje al norte.

Antes de subir al micro voy al baño de la estación. Hacer pis no es difícil, pero cagar es una aventura. Hay que hacerlo en una letrina que no tiene botón ni cadena. Al terminar hay que llenar una jarrita de plástico con agua sucia de unos tachos que están afuera, y tirar el agua en el agujero de la letrina para que se lleve todo.

Subo al bus de Expreso Chicheño. Arde. Estuvo todo el día

al sol, no tiene aire acondicionado y las ventanillas están selladas. Se vendieron más boletos que asientos, así que muchos viajan parados o sentados en el piso. De Villazón a Potosí hay menos de quinientos kilómetros, pero el micro le pone doce horas. Las rutas no están asfaltadas ni iluminadas. Estoy haciendo turismo aventura sin proponérmelo. Busco un disco: pienso que Manu Chao encaja perfecto con este momento, pero después de un par de temas lo saco y apago el discman.

SALADO

78 Busco hotel con la poca fuerza que me queda. Potosí tiene una parte pobre donde está la estación de micros y las ferias, separada de la parte menos pobre a la que se llega subiendo una calle muy empinada. Cualquier esfuerzo que hago lo siento el doble: estoy a cuatro mil metros de altura, en una de las ciudades más elevadas de América.

Entre iglesias coloniales y calles sin veredas llego al hospedaje San José. Me alojo en una habitación privada aunque comparto el baño. Dejo la mochila y me doy una ducha.

Bajo la rampa de asfalto para ir a la feria a comprar frutas. Camino por Potosí comiendo un durazno y pienso en lo odioso que me resultan los europeos que hacen lo mismo en Avenida de Mayo. Igual sigo comiendo. Le pregunto a una chola qué se puede ver en la ciudad. Me dice que puedo ir a las minas del cerro a ver cómo laburan los mineros, pero me parece un espectáculo perverso. Prefiero la otra opción: ir al museo principal a conocer la historia del lugar.

—Potosí fue el centro económico de los virreinos españoles después de la conquista. Hay una frase célebre que dice que con el oro extraído del Cerro Rico se puede construir un puente de ida de América a España. Habría que agregar que con los huesos de los muertos en las minas puede hacerse uno de vuel-

ta —, se lamenta Sheila, la encargada de guiarnos por la Casa de la Moneda.

—¿Vos naciste en Potosí? —, le pregunto

—Sí señor. Soy potosina, fiel y fina —, se ríe

—¿Y qué pasó acá?

—Mira, la historia es conocida. España desde 1535 fabricó sus monedas en Potosí, con la plata y el oro que extraían indígenas en el cerro. Era un gran negocio: la mano de obra era baratísima, y pocos conocían en esa época la existencia de minerales en América. Después lo de siempre: la plata la extraían los nativos pero se la llevaban los españoles.

—Pero me dijeron que en el cerro sigue habiendo minas y que se están explotando.

—Eso para nosotros es increíble. Que después de cinco siglos el cerro siga dando minerales es algo que no nos explicamos. Eso sí: hace rato que no hay oro ni plata. Ni españoles, claro. El saldo fue demasiado caro: ocho millones de muertos, el cerro mide trescientos metros menos, y la ciudad quedó empobrecida. El colmo es que hoy en día Bolivia imprime su moneda en otros países: Inglaterra, Canadá... y España.

—Es como dice Galeano

—Sí, que el mundo debería arrodillarse y pedirle perdón a Potosí. Es verdad... pero también es cierto que el lugar de víctimas ya lo ocupamos mucho tiempo. Vamos a ver si ahora las cosas empiezan a cambiar.

Despido a Sheila con un beso y salgo de la Casa de la Moneda. Me siento en la calle. En ese momento, uno de los chicos que estaba en la visita guiada se me sienta al lado.

—¿Aturdido?—, me pregunta.

BELLA UNIÓN

—Un poco, mucha información junta.

—Mirá, es la tercera vez que estoy en Potosí y todas las veces paso por la Moneda. Es como si quisiera que alguna vez me contaran otra historia.

—Para escuchar otra historia ya está el colegio.

—Esa es buena. Me llamo Errico.

Errico es alto, tiene el pelo largo, y pronuncia la erre como

80 Edith Piaf.

—Qué nombre raro.

—Sí, lo eligió mi papá. Le gustaba un italiano que tenía ese nombre.

—¿Sos argentino?

—Uruguayo, de Montevideo.

—¿Y qué hacés allá?

—Soy maestro. ¿Vos de dónde sos? Tenés pinta de porteño.

—Sí, soy de Buenos Aires.

—¿Vacaciones?

—Recorriendo el norte argentino y Bolivia.

—¿Vas a Machu Picchu?

—Me gustaría, pero no tengo pasaporte.

—Hay muchas formas de entrar a Perú sin pasaporte.

—¿En serio? ¿Cómo?

—Ahora te cuento. Acá a la vuelta hay un café que está salado, seguime.

Entramos al Café Chaplin. Errico pide cerveza, yo tomo agua con gas. No es mediodía pero la mayoría de los clientes ya está

81

almorzando.

—¿Siempre venís a Bolivia?

—Los últimos veranos, sí. Aprovecho los dos meses de vacaciones para recorrer. Este año quiero llegar a México, todavía no conozco.

—Mis viejos murieron ahí, yo tampoco conozco.

—Uh, que mal. ¿Qué les pasó?

—Estaban viajando y se cayó el avión en el que volaban.

—No te puedo creer.

—Sí, una mierda.

—Pero entonces tenés que ir. Yo no podría estar sin conocer un lugar como ese.

—No sé, tampoco es fácil.

—Me imagino. Mi viejo también murió, y lejos de Montevideo.

—¿Dónde?

—En Bella Unión, ¿conocés?

—No, ni idea

—Es la ciudad más al norte de Uruguay, en una especie de triple frontera con Argentina y Brasil

—Ah, sobre el río Uruguay. ¿Qué hacía tu viejo allá?

—Es una historia medio larga. A él lo perseguían en la dictadura de Bordaberry y se fue a Bella Unión a trabajar en las cañas de azúcar. Se había mandado pila de cagadas y se la tenían jurada. La versión oficial dice que lo mató un compañero que le quería robar la paga semanal, es lo que dicen siempre.

—¿Y vos en qué andabas?

—Yo tenía siete años, estaba con mi mamá y mis hermanas en Montevideo. Ella recibía muy poca información de él. La policía venía a cada rato, revisaba todo, se llevaban papeles, libros... Hasta que un día vinieron con la noticia. Tengo grabada la imagen de mi mamá llorando a los gritos, queriendo pegarle a un oficial y diciendo que todo era mentira.

Nos quedamos un rato en silencio. Clavo la mirada en las burbujas de mi vaso. Me olvido de preguntarle por Machu Picchu y el pasaporte. Errico pide la cuenta con un gesto y salimos. Caminamos un rato sin hablar hasta que entramos en una librería. Me tiento contarle que yo trabajé en una, pero me quedo callado. Compró una copia usada de *Sobredosis*, de Alberto Fuguet. No tengo referencias del libro, lo llevo sólo por el autor. Errico no compra nada. Salimos del local y me parece un buen momento para romper el silencio.

—¿Comemos? Yo invito.

—¿Por qué venís tan seguido a Bolivia?

—Porque tiene lugares que no están explotados todavía, casi vírgenes, y todos los años encuentro alguno que me hipnotiza. Ahora estoy parando en una casa arriba de una montaña, en el ojo de un volcán, y somos tres personas nada más. Si ese lugar estuviera en Argentina o en Brasil estaría lleno de gente y cobrarían entrada.

—¿Y cómo llegaste ahí?

—Hablando con la gente de acá, buscando. Yo me quedo mucho tiempo en los pueblos. Primero voy a un hotel o una pensión, y salgo a buscar otros lugares. Pero sólo los encuentro cuando hablo con los lugareños, cuando entro en confianza. Si hablás con otros mochileros te van a decir todos las mismas rutas: hacen el mismo recorrido, paran en los mismos puntos, están dos días en cada lado. A mí ese ritual ya no me sirve, necesito estar a la deriva, hacer una especie de exploración urbana, o como le quieras decir. Si venís con todo el viaje planificado y ya te dijeron qué vas a ver en cada lugar, ¿cuál es la sorpresa?.

—Che, me gustaría ir a donde estás parando.

—Dale, cuando quieras. Son tres casas al lado del volcán y una está vacía, te podés quedar ahí si querés.

—Bueno, pero mañana, hoy duermo en el hotel donde dejé las

cosas. Además ya lo pagué.

—Ta, decime la dirección y mañana a la mañana te paso a buscar.

84

A la noche chequeo mails después de varios días. El primero que abro es de Jorge. Me dice que la nota sobre *Roma* está bien y que la van a publicar. Quiere que le mande una reseña más de cine. Es raro que publiquen tres notas mías en el mismo número, casi siempre va una o ninguna, se ve que los redactores están de vacaciones. También me escribió Fer, contento porque falta poco para que salga el disco nuevo, y entusiasmado porque consiguió una cámara para hacer el video del primer corte. Le gustaría que yo actuara, me dice, pero no me emociona la idea. Lo que me alegra es notarlo con más pilas que en el mail anterior.

85

Julia también mandó correo. Me dice que la relación con Ezequiel, su novio, se va consolidando. Está viendo muchas películas: le gustaron *Moulin Rouge* y *Antes del atardecer*. Le respondo que es demasiado romántica y que no se puede vivir en una nube de pedos, aunque al final del mail le confieso que a mí también me gustaron.

Salgo del cyber y es de noche. Tengo ganas de fumar un porro pero dejé la marihuana en el hotel.

Me pregunto si mi hermana alguna vez pensó en ir a México.

MUJER

86 Cartel en un almacén de Potosí:
SÓLO EL AMOR SUPERA A LA LECHE

Pintada en una pared cerca de la terminal de micros:
NO PUEDO SER LA MUJER DE TU VIDA PORQUE SOY LA MUJER
DE LA MÍA

PERFECTO

—¡Dale que se va a largar a llover!

Errico me grita. Seguro que hace lo mismo con sus alumnos. Me lavo la cara, agarro mi mochila y salgo de la habitación. Saludo al dueño del hotel y le dejo la llave.

—¿Qué son esas bolsas?

—La comida, ¿o te pensás que arriba del volcán hay un Mc Donald's?

—Tengo que comprar yo también, entonces.

—No, acá hay para nosotros y para los chicos que están allá. Hoy me tocaba a mí hacer las compras.

—Bueno, después decime cuánto te tengo que dar.

Bajamos la calle empinada para tomarnos un bus que nos deja en el medio de la ruta, a la altura del volcán. Nos bajamos y empezamos a escalar. Pensé que habría alguna senda pero no hay nada, sólo huellas. En medio de la escalada se larga a llover. Llegamos y veo tres casas al costado de una especie de laguna. En realidad son refugios, sólo tienen cuatro paredes y un techo. Las gotas de lluvia caen sobre la laguna haciendo que salga humo. Todavía con la mochila al hombro meto la mano en el agua y veo que está caliente. Me dan ganas de nadar, pero entro a uno de los refugios con Errico. Ya bajo techo saco el discman con los parlantes y le pregunto si quiere

DOS ESTRELLAS AZULES

escuchar algo.

—¿Conocés a Javiera Mena?—, me pregunta.

—No, ¿quién es?

—Una cantante chilena que me gusta mucho.

Me muestra un disco que se llama *Esquemas Juveniles*. Lo pone y de los parlantes sale una voz dulce que queda como soundtrack mientras vemos llover por la ventana. Me gusta una parte que dice:

*No lo analices más
esto va más allá
se puede comparar...
Va con la dirección
de mi generación
que va a pasar
al siguiente nivel*

Termina el disco y le pregunto si conoce a Dani Umpi. Me dice que sí, que es un personaje conocido en Montevideo, pero que nunca lo escuchó cantar. Pongo *Perfecto* y se caga de risa con las letras de las canciones. “No le importa nada”, me dice, y promete que cuando sepa de algún recital lo va a ir a ver. Para cuando suenan los últimos temas ya salió el sol. Guardamos los discos y salimos de su refugio. Llevo mis cosas al mío y le pregunto por los otros chicos. Me dice que son franceses, un chico y una chica, y que seguro fueron a la ciudad.

—Tengo hambre—, le digo

—Yo también. Ahora empiezo a cocinar.

Errico cocina para cuatro. Hierve papas y huevos en una cocina a gas butano. Yo me siento en el pasto y lo miro. Tiene una remera blanca con rayas negras horizontales, se levanta las mangas hasta los hombros y le veo dos estrellas azules tatuadas en el brazo derecho.

—¿A vos no te dio por la militancia?—, le pregunto

—Sí, cuando terminé el liceo. Intenté actuar en un grupo pero no me sirvió, no me sentía cómodo.

—¿Por?

—Porque todo era debate, charla, y muy poca acción. Para preparar un volante estábamos semanas. Yo quería estar en la calle, no encerrado en un cuarto debatiendo si nos sumábamos a una manifestación o no. En la calle es distinto, nunca sabes lo que puede pasar ni con qué te vas a encontrar.

Cuando se hace algún silencio Errico tararea una canción que no conozco. Tiene una mirada triste, aunque casi siempre sonríe, incluso cuando me cuenta que también su abuelo tuvo problemas con la policía.

—Estuvo preso en Punta Carretas y también en Buenos Aires, en la cárcel de Caseros.

—Yo vivía a una cuadra de la cárcel de Caseros. Ahora vivo a una cuadra de la Central de Policía.

Comemos tomates abiertos al medio con aceite, sal y orégano, y una ensalada de papa y huevo duro con mayonesa. Cuando estamos terminando de comer llegan Eric y Agnes con sus mochilas de mano empapadas. Errico nos presenta, aunque no habla francés ni ellos español. Saludo y me voy a mi refugio a leer hasta quedarme dormido.

90

NO HAY CASO

Duermo y sueño con mis viejos. Están cambiados: pesan cincuenta o sesenta kilos más cada uno. Los veo leyendo el diario, pero ellos no se dan cuenta que estoy ahí. Mi vieja lee en voz alta una nota que dice que un virus se expande por África a la velocidad de la luz. Mi viejo le responde que es más importante la prevención que el tratamiento. Les hablo, les grito, pero no hay caso: siguen leyendo y comentando el diario. Busco a Julia, también le grito, pero no está por ningún lado. Me despierto de golpe, angustiado y con la remera transpirada. Tengo ganas de llorar. Me fijo que nadie esté cerca y lloro metiendo la cabeza debajo de la almohada. Después de un rato se me pasa. Me siento algo mejor: dejo todas las cosas en el refugio y salgo a caminar solo por el volcán.

91

DESDE EL AGUA

92 Es de noche y ya terminamos de comer. Agnes trae un grabador de su refugio y pone un disco de una banda que se llama Tahiti 80. Empiezo a armar un porro y me pide que lo haga más grande que lo normal. Pego tres sedas y termino armando uno larguísimo. Fumamos un rato hasta que Errico hace la gran propuesta.

—¿Vamos a nadar?

—¡Dale! —, me anoto.

Los franceses no están tan entusiasmados pero vienen igual. Traen dos frazadas. Una la ponen en el piso y ahí nos acostamos los cuatro: Errico y yo en las puntas, Eric y Agnes en el medio. Errico saca de su mochila una botella empezada de grapa miel. Nos tapamos con la segunda frazada y miramos el cielo lleno de estrellas. Salvo cuando nos pasamos la botella, estamos quietos y callados. La grapa miel no ayuda a combatir el frío.

—Me estoy congelando, voy al agua —, digo.

—Yo también —, dice Errico.

Se saca la remera y el pantalón, y en calzoncillos se acerca a la orilla. Se los saca y empieza a nadar desnudo. Hay muy poca luz, apenas si lo veo como una silueta. Yo también me saco la ropa y me meto al agua. La temperatura es increíble.

Empiezo a sentir el efecto de la marihuana y el alcohol en la cabeza. Errico se acerca y haciendo presión en mis hombros me hunde. Saco la cabeza y no lo veo. Cuando lo encuentro empiezo a perseguirlo, pero nada más rápido que yo. Sale del volcán para volver a tirarse. Lo veo unos segundos desde el agua: el pelo sobre los hombros, los tatuajes en el brazo, y una cicatriz bajo el estómago. Salta por encima mío y cae haciendo una pirueta perfecta. Eric y Agnes aplauden. Vuelvo a darme cuenta que somos cuatro.

Salimos del agua y Eric nos espera con dos toallas. Ya seco, me la ato a la cintura y me pongo una remera. Los franceses se van a dormir. Errico me ve temblando y me ofrece dormir en su refugio. "Pongo la cocina a gas para que haga un rato de estufa", me convence. Todavía con la toalla atada traigo mi bolsa de dormir y la pongo al lado de la suya. Nos acostamos. Tomamos grapa miel de la botella hasta que se acaba. Tardo en dormirme. Tengo la sensación de estar en un tren que avanza a toda velocidad, sin la menor idea de adónde me está llevando.

BATALLA

94 Cuando abro los ojos veo a Errico comiendo unos alfajores. No sé si ya los tenía o los fue a comprar a la ciudad. Lo saludo. Me da dos de sus alfajores y empieza a hablarme de sus proyectos para este año. Yo le cuento algunas ideas mías para cuando vuelva a Buenos Aires. Después de un rato de charla nos quedamos callados. Lo miro fijo a sus ojos azules. Él hace lo mismo y por unos segundos nos sostenemos las miradas. Errico corre la vista y siento que gano una especie de batalla. Enseguida saco un tema cualquiera para profundizar mi sensación de triunfo, aunque no sé si él acusa recibo. Seguimos hablando. Le digo que me gustaría conocer el salar de Uyuni, a lo que él me dice que ya fue una vez y que por ahora no tiene pensado volver. Se va a La Paz a buscar otras caras de esa ciudad que ya vio varias veces. Agnes y Eric se despiertan y vienen de la mano a desayunar. Preguntan por el chapuzón nocturno. Ni Errico ni yo respondemos.

ANTÁRTIDA

95

—¿Esa cicatriz es apendicitis?

—Me sacaron el apéndice, pero no tuve apendicitis.

—No entiendo.

—Es una historia medio larga.

—Si es por vos todas tus historias son medio largas, Errico

—Bueno, ¿te cuento o no?

—Dale

—Cuando tenía veintitrés años me dieron ganas de conocer la Antártida. Un delirio de esos que cada tanto me agarran. Estaba terminando el Magisterio y me iba a tomar unos meses libres para ir allá. Los barcos que llevan y traen a los turistas a la Antártida lo hacen en verano.

—¿Y el apéndice que tiene que ver en todo esto?

—¡Pará un poco, vol! Si es por vos todas tus historias son cortas.

—Está bien, no te enojés

—Cuando empecé a averiguar los detalles para ir, una de las cosas que me dijeron es que te tienen que extirpar el apéndice, es una condición para ir allá, porque está el riesgo de que reviente.

—Ah, mirá vos, no sabía eso. O sea que te lo operaste sin necesidad.

—¿Cómo "sin necesidad"? Mi necesidad era ir a la Antártida.

De hecho fui a Argentina a hacer los trámites porque el barco salía desde Ushuaia. Y la cirugía la tuve en Buenos Aires.

—¿Dónde?

—En el Hospital de Clínicas, el que depende de la universidad, ¿lo ubicás?

—Sí, vivo más o menos cerca.

—Bueno, ahí. El tema es que cuando fui era un caos porque estaban de huelga los enfermeros, y sólo atendían emergencias. La mía era una cirugía programada desde hacía tres meses y querían darme un turno para tres meses más adelante. Te imaginás el lío que armé. Tanto que me hicieron pasar por la Guardia y me terminaron operando al día siguiente de haber ingresado.

—Dicen que es una boludez la operación.

—Sí, eso dicen. Pero tenés que pasar por la anestesia.

—¿General?

—Claro. Yo pedí la peridural, que te duerme de la cintura para abajo, pero me explicaron que era mejor con anestesia general. Fue cómico porque el enfermero me dijo que iba a sentir una sensación "rara pero muy linda", me hizo respirar por una máscara como si me estuvieran haciendo nebulizaciones, y me pidió que empezara a contar. Yo le hice caso y empecé: uno, dos, tres, cuatro, y ahí nomás caí muerto. Cuando me desperté era de noche, estaba solo en una habitación que no conocía, y tenía una venda enorme donde ahora tengo la cicatriz.

—¿Y que hiciste?

—Le empecé a gritar a los médicos que trajeran agua. Tenía la boca reseca y estaba más agresivo que nunca. Después me explicaron que es habitual estar irritado cuando se sale de la

anestesia. Uno de los médicos me dio agua para que hiciera buches y la escupiera. Después me quedé dos días más en el hospital hasta el alta.

—¿Tu familia?

—En Montevideo, no tenían plata para irse todos a Buenos Aires. El segundo día después de la operación me dijeron que tenía que tratar de caminar despacio por la sala. Ahí aproveché para ir hasta el teléfono público del pasillo y llamé a mi mamá para decirle que había salido todo bien. Ella se asustó porque mientras le hablaba por teléfono había una asamblea en el patio del hospital y se escuchaban gritos desde los altavoces, bombos y explosiones. Le expliqué la situación y recién ahí se quedó más tranquila.

—Yo nunca fui al Clínicas, pasé por la puerta miles de veces pero nunca me tocó entrar.

—Lo más gracioso de la historia es que al final no fui a la Antártida.

—Me estás jodiendo.

—No, de verdad. Tenía la plata ahorrada para el pasaje en un velero a mediados de diciembre, para volver a mediados de enero. La propuesta era increíble: mil kilómetros desde el puerto de Ushuaia, tres días de viaje donde científicos y naturalistas te daban charlas, y allá recorrías todo: la Isla Elefante, la 25 de mayo, el noreste de la península y la costa oeste. Siempre durmiendo en el velero y haciendo descensos en cada uno de los lugares.

—¿Y qué pasó?

—Un mes antes de salir estalló una garrafa en mi casa y se incendiaron la cocina y una habitación. No teníamos mucha

plata para cubrir las pérdidas y tuve que viajar a Buenos Aires para devolver el pasaje.

—¡Qué cagada! ¿Y no intentaste de nuevo?

—No, era algo que quería hacer en ese momento, ahora no me emociona tanto.

—Bueno, si te dan ganas de nuevo por lo menos ya estás sin apéndice.

98 —Eso me dicen todos. Cuantas más veces lo escucho menos ganas me dan de viajar.

—¿Qué hacés?—, pregunta Errico

—Armo la mochila, me voy.

—¿A dónde?

—A Uyuni, ya te dije.

—¿No estás bien acá?

El fantasma de Esteban viene a mi cabeza. Sin responderle sigo armando la mochila. El día está más caluroso que lo habitual, apenas sopla una brisa. En este momento desearía que el ojo del volcán fuera de agua fría.

—Te paso mi mail—, le digo. —Escribime cuando estés en La Paz, quizás nos volvamos a ver allá.

—Dale, te paso también el mío

—No, no hace falta. Mandá a esa dirección y ya me queda la tuya.

Eirc y Agnes hace unos días que dejaron el lugar. Viajaban a Buenos Aires para ir desde ahí a San Pablo. Si no entendí mal pensaban viajar todo un año antes de volver a Montpellier, su ciudad natal.

—Te quedan todos los refugios para vos, Errico

—Sí, como cuando llegué. Igual en unos días salgo para Coroico

—Ojo la ruta, dicen que es peligrosa

TRANSFORMADO

—Dicen, pero yo no manejo

Nos abrazamos fuerte. Por primera vez siento el olor intenso de su piel oscura. Cuando estoy bajando me grita que espere, quiere darme algo.

—Tomá, leelo, si nos vemos en La Paz me lo devolvés. Es de una mujer que me gusta mucho, seguro que vos la conocés.

100 El libro se llama *Senderos*, varias veces lo vi en librerías de usados pero nunca lo compré. Lo escribió Liv Ullmann, a quien no conozco como escritora. Sé que fue pareja de Bergman y que protagonizó *Escenas de la vida conyugal*, no mucho más. Bajo la montaña con cuidado pero al mismo tiempo ojeo el libro. Ullmann lo escribió en 1976 y la edición en español es colombiana, de 1979. Errico lo compró en una librería de usados de la Tristán Narvaja, en Montevideo. Pienso en el recorrido del libro y trazo una ruta de viaje imaginaria. Llego al asfalto de nuevo. Una combi que vuelve a Potosí parece estar esperándome.

101 Las semanas en Potosí con Errico le dieron otro matiz al viaje. Después volví a andar solo como al comienzo, aunque transformado por ese encuentro. Así llegué a Uyuni después de atravesar cerros de todos colores, paisajes arenosos y aguas de tonos azules turquesas. Así pasó el arribo al pueblo y la excursión al salar: la inmensidad blanca, un lugar imposible de describir. Si hubiera que definirlo como un género literario sería *surrealismo mágico*. Un hotel hecho de sal en el medio de ese paisaje, una isla con cactus de más de diez metros de altura, una estación de ferrocarril casi abandonada devenida "Museo del Salar", y un cementerio de trenes donde descansan no tan en paz viejas locomotoras y vagones de carga.

El hotel en que me alojé, frente a la estación, estaba casi pegado a un cine abandonado. El cartel "Cine en venta", sumado a las demás piezas de museo que exhibía el pueblo, me hicieron sentir nostalgia. No por regodearme en el pasado, ni por esa estúpida pretensión de que los lugares se mantengan iguales por siempre. Sentí nostalgia por haber llegado demasiado tarde para ver a esos desechos en su momento de esplendor, y demasiado temprano para conocer Uyuni convertido en un polo turístico más.

META

102 Conseguir un pasaje de tren en temporada es imposible. Lo sufrí en Villazón, ahora lo confirmo en Uyuni. Pensaba viajar a Oruro para ir desde ahí a La Paz, pero este nuevo temblor me obliga a modificar la ruta. Las vías del ferrocarril quedarán para otra aventura literaria.

En la terminal de micros (una forma de decir: en Uyuni salen desde una calle cualquiera en la que venden los pasajes) saco boleto directo a La Paz. Vuelvo a viajar de noche. Por recomendación de una chica cordobesa compro una manta para el trayecto. Al llegar a destino le agradezco ese detalle que me hizo zafar de una hipotermia.

En el viaje voy leyendo el libro de Ullmann, que me atrapa desde el primer párrafo. Sonrío cuando leo una parte que dice:

Por unos instantes no recuerdo adónde voy. Las ciudades se parecen unas a otras tanto como los aviones que me llevan hacia ellas. Es inquietante sentir que la meta del viaje tiene tan poca importancia.

El trayecto se hace largo. Sólo tras un par de horas consigo encontrar una posición cómoda. Hacemos escala de madrugada en Oruro, donde baja muy poca gente y no sube nadie. Cuando el micro vuelve a arrancar por fin logro quedarme dormido.

TELÉFONO

Estoy en casa. Suena el teléfono.

103

—Hola

—Buenas tardes. Mi nombre es Andrea, estoy comunicándome de la consultora Fernández & Asociados. Estamos haciendo un estudio sobre estrategias financieras. ¿Dispone de diez minutos para responder unas preguntas?

—¿No es mucho diez minutos?

—Puede durar un poco menos.

—Bueno, pero si me aburro en la mitad de la encuesta te aviso.

—No, eso no nos sirve. Si empezamos el cuestionario lo tenemos que terminar.

—Entonces no, muchas gracias.

—¿En qué momento del día lo puedo ubicar?

—En este. De hecho me ubicaste.

—...

—...

—Perfecto, gracias por su tiempo y que tenga un buen día.

Una señora que vuelve del baño roza mi pierna y me despierta. Sobresaltado, trato de mirar por la ventanilla. Está por amanecer y nada parece anunciar que estemos cerca de La Paz.

DEFINICIONES

104 Abro los ojos y me cuesta creer lo que veo. El micro se mueve por una autopista con forma de espiral descendente. Abajo, en el fondo, como si fuera una olla, la Capital. Parece una maqueta, un proyecto de algún alumno secundario para mostrar en una feria de ciencias a la que sólo asisten sus padres en el mejor de los casos.

La llegada a la metrópolis me tranquiliza. Las ciudades tienen algo que las vuelve irresistibles, y aunque uno viaje meses por la selva o el desierto siempre siente esa seguridad que sólo brindan ellas.

Casi llegando a la estación de micros veo un afiche que anuncia el 3º Festival de Cine Latinoamericano. Empezó ayer y dura toda la semana. El arribo a La Paz me pone de buen humor. La frontera con Perú está más cerca y son tiempos de definiciones.

MURILLO

Mail de Jorge. Me dice que el cierre se atrasó más de la cuenta. Tengo unos días más para mandarle la nota. Le respondo que hay un festival de cine, que algo voy a ver y que de ahí saldrá la reseña. También le escribo a Fer, contándole los días en el ojo del volcán. Me llama la atención no tener mail de Julia.

Camino por el centro, bordeando la iglesia de San Francisco. Encuentro alojamiento por veinte bolivianos la noche. Sigo sorprendiéndome con los precios: si sabía que era tan barato sacaba el pasaporte antes de venir. Busco las sedes del festival. Pregunto en un centro de información al turista y me dicen que la única sede es el Cine Murillo, frente a la plaza principal. Camino varias cuadras, atravieso un pasaje llamado Jaen, y llego a la Plaza Murillo. No es muy grande, tiene la sede de gobierno al frente, la catedral a un lado, y el cine al otro. Consulto la programación y me llevo una de las sorpresas más grandes del viaje. El festival es de nuevos directores de Latinoamérica, y uno de los films que proyectan es *Se arrienda*, la primera película de Alberto Fuguet. No sabía que Fuguet también filmaba. Lo mejor de todo es que él mismo va a estar presentándola, algo habitual en la mayoría de los festivales en cualquier lugar del mundo. La proyección es dentro de dos días. Vuelvo al hotel y pago una semana por adelantado.

105

LIBRO DE QUEJAS

Si habilitaran un libro de quejas en los viajes me lamentaría por lo difícil que es encariñarse con los compañeros de ruta.

106 Camino por La Paz algo excitado. Entro en las librerías buscando libros viejos de Fuguet, pero todas tienen el último. Mi obsesión sólo es interrumpida por los gritos de unos chicos que viajan colgados en los colectivos. “¡Estación terminal, mercado de artesanías, plaza San Francisco, Stadium!”. Por unas monedas van gritando los recorridos de ese bus que uno puede frenar en cualquier momento si escuchó el destino buscado. No es la única rareza del lugar. Los lustrabotas se extienden por toda la avenida principal, encapuchados como si fueran parte del Ejército Zapatista. A nadie parece llamarle la atención.

A medida que oscurece, la ciudad muestra otra cara. Las casas en lo alto iluminan la maqueta y le dan un aire navideño. Empieza a llover y por un segundo imagino que nieva. Me refugio en la iglesia San Francisco hasta que para. Salgo y recorro los puestos de venta ambulante que están cubiertos con unas lonas transparentes. Nunca me gustaron las artesanías pero compro una tobillera con unas piedras que parecen granos de café. Me siento en el único lugar seco que encuentro para escuchar a un grupo que toca en la calle, pero no puedo concentrarme en la música. Entro a un bar y pido una cerveza. Traen una *Potosí* de litro. Enseguida me acuerdo de Cristian, y después de Luli y Patricia. ¿Se acordarán de mí?

BOB DYLAN

108 Es alto y pareciera querer esconderse detrás de sus anteojos. Agarra el micrófono con las dos manos, habla entrecortado y le agradece a la gente que colaboró con él. La sala es chica, hay un largo pasillo central que separa los dos grupos de butacas, y todo está mal iluminado por unos tubos fluorescentes azules. Promete quedarse después de la proyección para quienes quieran hacerle preguntas. Esos momentos me ponen particularmente incómodo: siempre estoy esperando que alguien diga una pelotudez. Y siempre la dicen. Las luces se apagan de golpe.

Me cuesta entender algunos regionalismos chilenos como *fome* o *güevá*, pero la peli tiene buen ritmo. Se nota que es imperfecta, y eso hace que me guste más. Termina *Se arrienda* y su director vuelve a tomar el micrófono, mientras una buena parte del público aplaude y otra se va. Las preguntas son del estilo *¿qué le gusta más: escribir libros o dirigir películas?*, por lo que junto mis cosas y lo espero en el hall. A la salida le doy mi ejemplar de *Las películas de mi vida* para que lo firme. Me siento como en esa novela de Benjamín Prado cuando el protagonista por fin conoce a Bob Dylan. Hablamos un rato y me dice que tiene que hacer tiempo antes de volver al hotel. Vamos al café que está al lado del cine, yo pido un agua con gas y él una

coca-cola light con limón. La charla dura más de lo que hubiera creído pero menos de lo que me hubiera gustado. Intercambiamos mails y nos despedimos con un abrazo. A la salida trato de ordenar mis ideas para poder escribir, pero está claro que voy a necesitar toda una noche para algo como eso.

MI NOMBRE ES TODO LO QUE TENGO

110 *Bienvenido al sistema.* Una silueta negra nos da la idea de un trajeado oficinista. El afiche del film se completa con el título en grande y, en un tamaño bastante menor, la leyenda que reza *Una película de Alberto Fuguet.* Este último no es un detalle menor. Al momento de conseguir apoyo para su primer film, Fuguet golpeó las puertas del FondArt chileno sin obtener respuesta favorable, por lo que debió acudir a soporte privado. Basta ver la cantidad de auspiciantes que acompañan los créditos para tener real dimensión de las ventajas de contar con un buen nombre. En Chile es una celebridad; primero periodista, luego escritor, pateó el tablero con su *Sobredosis*, se hizo masivo a través de *Mala onda*, y ahora, recién pasados los cuarenta, se largó como director de cine. Un latiguillo le permitirá soportar las presiones en este nuevo rol: lo perfecto es enemigo de lo bueno. Quizás por allí radique la clave para entender una película novedosa para el panorama cinematográfico trasandino, criticada más por su autor que por cuestiones estrictamente filmicas.

TODO LO QUIETO SUEÑA MOVERSE

El film se centra en un personaje que se dedica a componer música para films. Pasó la barrera de los treinta y está paralizado porque mantiene como un pesado ancla sus ideales de juventud. “Nunca haría música para Julio Iglesias ni aunque me ofreciera un millón de dólares, porque

eso es trazar con el enemigo”, manifestaba en sus últimos días como adolescente. La realidad lo muestra hoy estancado mientras ve cómo sus amigos han obtenido éxito, reconocimiento, dinero, o la combinación de todo eso. El dilema se vuelve obvio: mantenerse en los márgenes de una supuesta “ideología de mercado”, tranquilo con la propia conciencia, contando las monedas para cubrir los gastos mínimos; o bien, hacerlos más flexibles, negociando con sus principios para llegar un poco más holgado a la forma de vida deseada. En otras palabras, el personaje principal se plantea la dicotomía de estar dentro o fuera del sistema. Esta disyuntiva, bastante transitada, necesita una vuelta de tuerca para no caer en todos los lugares comunes de películas sobre “marginales”. ¿Cómo hacer para superar esa trampa?. Pues bien, antes que director de cine Fuguet es escritor; su fuerte está allí, en la narración. Y sabe darle un giro a la historia para que la cinta no se ahogue a la media hora —y nosotros con ella—. Su protagonista deberá resignar algunos puntos de su riguroso manual para poder moverse, para darle forma a sus sueños inmóviles. Allí donde el idealista es mostrado como alguien perdido, y no como un perdedor, es donde *Se Arrienda* gana en ambigüedad, y donde su director logra compensar con buen tino algunos planteos haraganes.

111

LITERATURA

Ahora devenido director de cine, Fuguet pide que no lo llamen escritor sino narrador. La similitud encontrada entre sus novelas y este primer film aparece en el trabajo de guión. Quizás sea aquí donde *Se arrienda* muestra su lado más inerte. Hacer cine no es redactar en celuloide; las palabras deben darle lugar a las imágenes. El soporte donde se inscribe la historia no es una hoja en blanco sino, es obvio, un rollo filmico. Fuguet, decidido a presentar batalla en el panorama poco narrativo del

cine chileno de las últimas décadas, hace hincapié en la construcción de historias y personajes, descuidando las posibilidades que da el trato de la imagen y el sonido. Quizás el temor a tentarse con una estética publicitaria lo llevó a sobrecargar la trama con historias paralelas poco interesantes, en lugar de explotar técnicas netamente cinematográficas. Por eso la metáfora de mostrar Santiago vacía en un desolador blanco y negro, el recurso más arriesgado del film, tornó redundante algo que estaba explicado en el dilema de quedar dentro o fuera del sistema. Si *Se arrienda* recibió el rótulo de film “conservador” no es por la ideología de su realizador, o del periódico que lo auspiciaba (una argumentación cínica y bastante boba), sino por ver a su director contenido, quizás con miedo a entregarse a tantas posibilidades. Apostó a lo conocido, a donde se siente como pez en el agua: narrar historias de personajes errantes en una apartada capital latinoamericana, como si este fuera un capítulo más de *Las películas de mi vida*.

Se arrienda, hay que decirlo, fue un rotundo éxito de público en Santiago. Su director consiguió el respaldo necesario para una segunda película que, vaya cambio, será una adaptación. Posibilidad para que el trabajo de guión se centre únicamente en el ajuste a la pantalla grande y le permita a Fuguet conectarse con su costado netamente cineasta. Quizás así, superados los temores del debut, pueda desenvolverse con más soltura en un ámbito en el que, a fuerza de empujones y sorteo de obstáculos, ya obtuvo un lugar con nombre y peso propios.

Abro la casilla para mandar la reseña y tengo quince mails nuevos. Esta vez hay uno de Julia; volvió a escribir Fer, y también llegó uno de Errico.

Julia me cuenta que no sale más con Ezequiel. Dice que está mejor sola y que tiene ganas de empezar a viajar por su cuenta, sin depender de los tiempos de otros. El primer destino es Mar del Plata, al festival de cine. Me aclara que Albertina se va a encargarse de cuidar mi departamento si no vuelvo antes de que se vaya.

Fer también tira buena onda. El disco ya está en proceso de edición; hasta tienen fecha y lugar para presentarlo: el 20 de mayo, en la sala AB del Centro Cultural San Martín. Me cuenta detalles de la tirada y la distribución que no entiendo mucho ni me interesan tampoco. La noticia es tan buena que no necesita de ningún agregado.

Errico me dice que llegó a La Paz y que se queda poco tiempo: en dos días sale para Copacabana. Me pregunta si quiero acompañarlo. Le respondo que sí, y le pido que me pase el nombre de la empresa y el horario en que viaja para ir en el mismo micro.

A la salida del cyber me doy cuenta que no mandé la reseña. Vuelvo a entrar y me asignan la misma máquina. Cuando

termino de mandarla veo que Errico ya respondió. Viaja pasado mañana a las ocho en un micro de la empresa 16 de Julio. Salgo a la calle y me subo a un colectivo cuando escucho a un chico gritar desde el estribo: *¡Terminal de buses!*

114

Por seis bolivianos desayuno un tostado de jamón y queso y un licuado de banana en un bar de la terminal. Errico corta una manzana y mira cómo termino mi comida en tiempo record. Viajamos en el mismo micro, pero él tiene el asiento 18 y yo el 36.

115

El viaje es corto y las rutas esta vez son de asfalto. En una parada para cargar nafta le cuento de mi charla con Fuguet y me dice que en el liceo tuvo que leer *Mala onda*. También me cuenta que en La Paz fue al estadio Hernando Siles a ver un partido entre Bolívar y Oriente Petrolero que terminó uno a uno.

Cuando llegamos a Tiquina, un estrecho que no tiene puente, todos tenemos que bajar del bus. Nos cruzan en una lancha, y al micro lo suben a una balsa para cruzarlo también. A algunos la escena les resulta increíble, a mí me parece de lo más natural. Al llegar al otro lado, un oficial boliviano nos espera con cara de haber dormido poco.

—Buenos días, señores. Pasaportes, por favor.

—¿Perdón?

—Permítanme sus pasaportes.

No sé con qué cara lo miro a Errico, pero alcanza para que se haga cargo de la situación.

—¿Qué pasaporte? Estamos moviéndonos dentro del mismo país—, le dice.

—Tienen que mostrar los pasaportes para poder seguir el recorrido.

Errico le saca una cabeza al oficial, que lo mira desde abajo esperando los documentos.

—No tengo el pasaporte acá, lo tengo en la mochila que está adentro del micro. De todas maneras no entiendo por qué nos piden pasaporte cuando no estamos saliendo de Bolivia.

116 —¿Usted, señor? —, me dice el oficial cambiando su foco de atención.

—Lo mismo, lo tengo adentro de la mochila—, le respondo

—Bueno, esperen a un costado por favor.

El resto de los pasajeros que viaja con nosotros muestra sus pasaportes como si la situación tuviera alguna lógica. Mientras esperamos, Errico se pone a hablar con otro de los oficiales, que está tomando una sopa de verdura a media mañana. Es cuestión de minutos para que Errico y el nuevo oficial se palmeen la espalda y terminen contando chistes.

—Vení, nos vamos—, me dice

En la fila para volver al micro ninguno de los dos habla del tema. En un momento Errico saca de su bolsillo el pasaporte uruguayo y lo guarda en su mochila de mano.

—¿Estás leyendo *Senderos*?—, me pregunta mientras esperamos para hacer el último tramo del viaje.

Desde la ruta se puede ver el pueblo, que parece desparramado entre dos cerros. Por primera vez desde San Salvador el paisaje dejó de ser árido: todo está cubierto de verde.

117

Bajamos del micro en la plaza principal, frente a la iglesia, y nos alojamos en un hotel por diez bolivianos la noche cada uno. En la habitación 7 no hay casi nada, sólo las camas, un viejo placard de madera, y la ventana que da a uno de los tantos baños públicos que hay en casi todos los pueblos. Pagamos dos noches por adelantado y salimos a recorrer.

Copacabana se parece más a algunos paisajes del sur argentino que a la mayoría de los que vengo viendo en Bolivia. Sobre el lago Titicaca hay hoteles caros y embarcaciones listas para salir a la Isla del Sol o a la Isla de la Luna.

Entramos a un restaurante para almorzar y Errico pide un piqué macho.

—¿Y eso?—, le pregunto

—¿No lo probaste? Es un plato de acá que está salado

—¿Qué tiene?

—Pedilo y fijate, te va a gustar. Ojo que es picante.

Nos traen un plato lleno de verduras asadas con un pedazo de carne abajo. Tomamos una jarra de limonada bien fría para acompañar. En la mesa de al lado dos chicas de Olivos discuten

si el recorrido de la línea 130 incluye o no a la calle Juramento. Me tiento decirles que sí, pero prefiero seguir comiendo.

118 Salimos y vamos a la orilla del lago para preguntar los precios y horarios de las lanchas. La Isla del Sol es accesible, la de la Luna es carísima. Seguimos caminando y llegamos a la base de uno de los cerros. Lo envuelve una escalera decorada con un vía crucis que uno puede ir rezando mientras escala. No le damos bola y subimos a las apuradas. Cuando estamos en la mitad del camino empezamos a sentir el cansancio en las piernas y el piqué macho en el estómago. Nos sentamos y miramos el pueblo desde arriba. Lo primero que llama la atención es la iglesia, que de tan blanca resalta sobre todas las demás casas. Errico me señala con el dedo el lugar exacto donde está nuestro hotel. Esta vez puedo verlo. Ya recuperados, llegamos a la cumbre. El paisaje es increíble: puede verse el pueblo, el lago, y bien a lo lejos las islas. Me quedo un rato tildado hasta que siento la mano de Errico sobre uno de mis hombros. Sonríe y los ojos azules se le iluminan. Nos sentamos en una piedra y agradezco que en ese momento seamos los únicos dos en la cima.

Estudiando un mapa veo que estamos en el límite con Perú. Es más, una parte del lago Titicaca le pertenece a ese país. 119

—Mañana quiero ir a la Isla del Sol—, le comento a Errico.

—Yo ya fui un par de veces, prefiero quedarme en Copacabana.

—¿Qué pensás hacer después?

—Cruzar la frontera, ir a Puno y seguir subiendo todo lo que pueda.

—Yo no creo que me quede más de dos o tres días en la isla.

—Andá nomás, yo voy a estar acá, en el mismo hotel. A la vuelta nos vemos.

Me dan ganas de tomar grapa miel. Errico me dice que tiene una botella en la habitación. Pasamos a buscarla, armamos dos porros y nos vamos a la orilla del lago. Saca un iPod y me dice que elija la música. Quiero escuchar algo tranquilo. Dudo entre Brian Eno y Leonard Cohen, pero termino eligiendo a Philip Glass: la banda de sonido de la película *Las horas*.

EN CONSTRUCCIÓN

120 La lancha sale puntual. Viajo en el techo y veo cómo de a poco Copacabana se va haciendo más chica hasta casi desaparecer entre los cerros. El trayecto es más largo de lo que me imaginaba. Llego a la isla y me encuentro con la Escalera del Inca: doscientos cuatro escalones que conducen del improvisado muelle a la parte de los hostales. Un chico de no más de diez años se ofrece a llevarme la mochila por unas monedas. Dudo primero, pero después acepto. Llego a la cima sin aire, no puedo imaginarme lo que sería subir con la mochila a cuestas.

Me alojo en un hostel en construcción. En realidad lo están ampliando, quieren hacer tres habitaciones más. Desde la puerta de mi cuarto tengo una visión panorámica: la parte baja de la isla, la inmensidad del Titicaca, a lo lejos la Isla de la Luna, y al fondo una cadena de cerros. Me acuesto sobre el colchón y sus cinco frazadas. Se ve que la noche acá es bastante fría.

PERSEVERANCIA

La isla tiene todas las comodidades que necesito. Lo único que le falta es alguien que cambie mis pesos por bolivianos, ya que nadie acepta plata argentina. Después de almorzar decido recorrer la parte norte de la isla. Me dicen que tengo que calcular tres horas de caminata para ir y otras tantas para volver. Son las dos de la tarde. Hago cuentas: estoy volviendo con la última luz del día.

Salgo desabrigoado, sólo un buzo además de los pantalones cargo y las zapatillas para trepar. Al inicio de la caminata compro dos bananas y una botella de agua con gas. El sendero está embarrado y son puras subidas y bajadas. En cada pendiente pienso lo que me va a costar subirla cuando emprenda la vuelta. Tras un par de horas llego a unas ruinas en forma de laberinto. Me siento, como una de las bananas y saco unas fotos. Sigo el recorrido hasta que me encuentro con una bifurcación. No hay carteles ni ninguna otra señal. Hago caso a mi intuición y llego a unas casas de adobe. Es curioso, en una punta de la isla están los hostales y en la otra viven los lugareños, sin que se vean otras viviendas en todo el trayecto. Estoy en el extremo norte. Me acuesto en un tablón de madera para descansar antes de la vuelta. En ese momento se levanta un viento fuerte que despeja las nubes y me deja ver la cordillera con sus

121

FUNDIDO A NEGRO

picos nevados. Lo tomo como un premio a mi perseverancia y dejo registro con la cámara. Como la segunda banana antes de partir y me preparo para las subidas y las bajadas del sendero. Llego con tiempo de sobra antes que anochezca. Me preparo un té con galletitas mientras en la habitación de al lado suenan las notas de una guitarra.

122

La última noche en la isla cae como un lento fundido a negro. 123

Otra vez llueve. Fer me dijo que la salida del sol en la isla es increíble, pero tengo que volver a Copacabana sin poder verla. Armo la mochila temprano, guardo todas las cosas que traje, y cuando la cargo sobre mi espalda la siento más liviana. No sé si fui dejando cosas en el camino o mi cuerpo ya se acostumbró al peso.

Bajo los doscientos cuatro escalones hasta el muelle y encuentro a unos chicos argentinos discutiendo con el dueño de una de las lanchas. El precio para volver a Copacabana es más alto que el que se paga para venir, por eso la discusión. Uno de los pibes dice que va a mandar una carta de lectores al diario *La Nación* para denunciar el abuso. Pago mi pasaje y subo a la lancha. Esta vez no viajo en el techo. El cielo se vuelve a nublar durante el trayecto, aunque ahora no llueve.

Viajo en silencio, sin leer ni escuchar música, sólo mirando por la ventanilla.

BOLIVIA

124 Bajo de la lancha y subo por la calle principal rumbo al hostel. En el camino desayuno un café con leche y unas tostadas con manteca. Llego y pido la llave de la habitación 7. La mujer de la recepción me dice que Errico pagó toda una semana por adelantado, pero que hace dos días que no lo ve. Subo a la habitación y la encuentro casi vacía. La mochila de Errico no está, apenas dejó un par de remeras y un pantalón tirados en el piso. Las dos camas están sin hacer. Dejo mi mochila, levanto la ropa del piso y me siento en una de las camas. Después de unos minutos abro el placard para guardar mis cosas y encuentro un sobre escondido en un rincón. Lo rompo y veo que adentro está el pasaporte de Errico con una nota que dice "NOS VEMOS EN PUNO". Me quedo un rato viendo la nota y el pasaporte, después los guardo en mi mochila de mano. Vuelvo a juntar mis cosas, dejo la pieza y entrego la llave en recepción. Salgo apurado y cruzo la plaza principal. Llego a una esquina donde hay varios buses estacionados y unos vendedores que ofrecen pasajes a diferentes lugares de Perú y de Bolivia. Hago fila con otros mochileros, la mayoría viaja a Puno. Avanzo despacio, mirando para abajo. Se acerca mi turno. Otra vez estoy en la frontera.

αgradecimientos

En primer lugar y muy especialmente a Fernando Radl por permitirme utilizar parte de su historia en esta ficción. Este libro también va dedicado a él.

A Javier Roldán por estar desde el primer día, aportando sus obsesiones y calmando las mías.

A quienes contribuyeron con su talento y creatividad: Carla Gnoatto, Nacho Jankowsky, Gabriel Rud. Sin ellos habría sido muy difícil.

A Dani Umpi, por aquel mail que me hizo llorar y por todo lo demás. Eternamente agradecido.

A Sebastián Santillán y a todo el equipo *rockminer*, por darme el espacio para mis primeros pasos.

A Leandro Listorti, Cristina Manzi, Nico Bedini, Lorena Rodríguez, Ignacio Tijeras, Luciano Miga, Claudia Acuña, cooperativa *lavaca*, Momi, Paulina, Yicos, biblioteca de la FLA, mi familia, mis amigos, y a quienes ayudaron a que este sueño tomara forma.

Por último a Juan, mi hermano mayor, a la distancia.

notas

Una primera versión de la reseña *Territorio Peruano* fue publicada en el número #2 del fanzine *Burbuja*, proyecto creado por Gonzalo Beladrich e Ignacio Tijeras.

Una primera versión de la reseña *El lobo estepario* fue publicada en 2004 en la revista *Velvet Rockmine*.

Una primera versión de la reseña *Mi nombre es todo lo que tengo* fue publicada en 2006 en la revista *Velvet Rockmine*.

Todo lo quieto sueña moverse es el título de un libro de Alejandro Ferreiro (Editorial Artefato, Montevideo, Uruguay, 2006).

el autor

Gonzalo Beladrich nació en Buenos Aires en 1980. Es psicólogo, egresado de la Universidad del Salvador donde se desempeña como docente. Incursionó en el periodismo como redactor de la revista *Velvet Rockmine*, para la que escribió entre 2003 y 2007. Ha colaborado en medios diversos como las revistas *Prometheus* y *Cinemanía*. Actualmente es redactor de Mu, el periódico de la cooperativa *Javaca*. Desde 2007 conduce el programa *Rastros de Carmín* que se emite semanalmente a través de *Unaradio* (www.unaradio.com.ar). *Bolivia* es su primera novela.

